

«El obrero de esta Villa es sufrido...»: clase obrera y conflicto social en el este burgalés: Pradoluengo (1820-1936)

Juan José Martín García

Centro de Documentación Comarcal Agalsa-Sierra de la Demanda

Fecha de aceptación definitiva: 29 de junio de 2010

Resumen: El proceso de industrialización operado en la localidad burgalesa de Pradoluengo, desde la mecanización de la segunda década del siglo XIX hasta el primer tercio del siglo XX, trajo consigo una progresiva bipolarización social y la proletarianización de los antiguos fabricantes preindustriales. Con ella, surgieron problemas derivados de la mayor dureza en las condiciones de trabajo, los reducidos salarios y, el más grave de todos, el paro obrero. El sistema laboral a destajo, provocará la carestía o la sobrecarga temporal de trabajo, cubierta con jornales de supervivencia. El obrero pradoluenguino, será condescendiente con su suerte y mostrará escasa capacidad organizativa. La precariedad en la higiene, la inexistencia de medidas de seguridad en las fábricas, la escasa alimentación —causa del elevado número de enfermedades—, y las penosas condiciones de vivienda, contrastan con las opulentas condiciones de vida de los grandes fabricantes y de la burguesía de indianos y comerciantes. Las obras públicas municipales y las limosnas de la oligarquía, maquillan una situación «desagradable» a ojos de estos últimos. Los tímidos intentos de asociacionismo reivindicativo darán sus primeros pasos a finales de los años veinte, siendo cercenados con el comienzo de la Guerra Civil.

Palabras clave: *Fabricantes, clase obrera, industria textil, bipolarización social, conflicto social, asociacionismo obrero.*

Abstract: The process of industrialisation that tookplace in Pradoluengo (Burgos), from the first mechanisation during the seconddecade of the 19th century until the first third of the 20th, meant gradual butsteady social polarisation, and the proletarianisation of the pre-industrialmanufacturing class. This in turn led to a variety of social problems: the worsening working conditions, lower salariesand irregular work patterns that would oscillate between excessive hours and periodicunemployment. Typically, however, the workers of Pradoluengo seemed to acceptthe situation, and there is little evidence of any capacity for self-organisationwithin the labour force. The poor hygiene, non-existent safety measures in theworkplace, lack of food —the direct cause of many illnesses—, and appallingiving conditions were all in stark contrast to the opulent lifestyles of the newindustrialists, the «indianos» or merchant «bourgeoisie». Municipalworks and the oligarchy's charity barely disguised a situation that even thislatter class itself found

disturbing. However, the first timid moves towards any form of social protest or labour movements did not emerge until the 1920s, and would come to an abrupt end with the outbreak of the Civil War.

Key Words: Manufacturers, working-class, textile industry, social divisions, social conflict, labour movement.

Los complejos procesos de mecanización de la industria textil de Pradoluengo a partir de 1820, provocaron la proletarianización de la mayor parte de los antiguos fabricantes preindustriales¹, sobre todo de los cardadores y tejedores más desfavorecidos. Los fabricantes tratantes, y un pequeño grupo de fabricantes cardadores y tejedores con mayor capacidad económica, impulsaron la creación de nuevas hilaturas, batanes y tintes, siempre mediante pequeños capitales en forma de compañías². Estos nuevos fabricantes detentarán los medios de producción y supondrán la cumbre socioeconómica de la localidad. Para ellos trabajarán el resto, ya como simples jornaleros u operarios, exceptuando los tejedores, quienes se resistieron al cambio.

El fenómeno de la industrialización en España, se manifestó tardíamente con respecto a los países de Europa occidental y afectó principalmente a regiones de la periferia, siguiendo los parámetros de una industrialización «a la británica», aunque ciertas industrias sufrieron fenómenos similares en el interior peninsular. En nuestro caso, una de las pocas industrias textiles que pervivieron en Castilla durante la contemporaneidad³, habrá cambios en la organización del trabajo, las condiciones de los contratos y el nivel de vida, junto a un continuado proceso de proletarianización que desembocará en una auténtica bipolarización entre fabricantes y obreros, claramente visible desde mediados del siglo XIX⁴. El proceso de mecanización fue imperfecto e incompleto en Pradoluengo⁵, pero produjo que muchos de los sucesores de fabricantes del siglo XVIII —cardadores primero y tejedores después—, perdiesen sus medios de producción y entrasen en la espiral de la proletarianización, conformando una masa de trabajadores jornaleros que no fue capaz de contar con los capitales necesarios para entrar en el proceso de fabricación⁶.

¹ Por fabricante preindustrial entendemos aquella persona que es propietario de la materia prima, financia el proceso productivo de la manufactura textil, intervenga o no directamente en dicho proceso y, por tanto, es el propietario del producto final realizado.

² MARTÍN GARCÍA, Juan José: *La industria textil de Pradoluengo (1534-2007). La pervivencia de un núcleo industrial*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2007, pp. 127-142.

³ Otras que también lo hicieron fueron las de Béjar, Palencia y Astudillo. ROS MASSANA, Rosa: *La industria textil lanera de Béjar (1680-1850). La formación de un enclave industrial*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1999; G COLMENARES, Pablo: *Evolución y crisis de la industria textil castellana. Palencia, 1750-1990*, Madrid, Mediterráneo, 1992; HERNÁNDEZ GARCÍA, Ricardo: *La industria textil rural en Castilla: Astudillo, 1750-1936*, Tesis doctoral inédita, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2003.

⁴ No obstante, dentro de esta pequeña sociedad industrial, las relaciones establecidas entre ambas partes son cercanas, no tanto por la distancia socioeconómica que las separaba, sino por un conocimiento de vecindad. Así, en la redacción de las condiciones que deben cumplir el mayordomo y los operarios de la Hilatura de Las Viñas, una de las principales, tanto uno como otros deben ser elegidos por los dueños de la Hilatura, *de común acuerdo* entre ellos, lo que suponía que los más cercanos, conocidos o afines, en una especie de sistema clientelar, eran los elegidos para ocupar los puestos de hiladores. Sobre redes familiares y sociales en las fábricas, ENRECH MOLINA, Carles: «Jerarquía fabril y cualificación en la industria textil durante el último tercio del siglo XIX», *Historia Social*, 45 (2003), pp. 106-107.

⁵ MARTÍN GARCÍA, Juan José: *La industria textil... op. cit.*, pp. 191-257.

⁶ Este grupo fue creciendo a medida que algunos importantes fabricantes fueron capaces de crear unas

La jornada de trabajo habitual en Pradoluengo superará las doce horas a mediados del siglo XIX, llegando incluso a las catorce⁷. En el caso español, a diferencia del entorno europeo, se suplen las deficiencias tecnológicas con un aumento del factor trabajo que, necesariamente, van a sufrir las clases obreras. Dentro del contexto español, nuestro caso sufre más aún este incremento⁸. Los cambios dentro de la estructura sociolaboral de los obreros pradoluengunos no desembocaron por tanto en una estructura típica como la conocida para otros ámbitos clásicos como el inglés⁹.

Aumento de la fuerza de trabajo y primeras crisis

Desde finales del siglo XVIII se produjo un paulatino cambio estructural. De los 201 fabricantes con los que contaba Pradoluengo en 1752 se pasará a los 78 de 1821. De los pocos vecinos que no eran fabricantes en el XVIII, al menos 154 dependían dos décadas después del trabajo ofrecido por los 78 fabricantes. Mientras a mediados del XVIII era insignificante el porcentaje de cardadores, tejedores y perchadores que no ejercían su propia fabricación, en 1821 suponían el 66,4% del total de vecinos dedicados a labores textiles. Esta entrada en dependencia fue progresiva. Aparecerán algunos que no poseen ni tan siquiera medios de producción —aunque casi siempre mantienen en casa un torno cuando menos—, y que son jornaleros. Son 48 vecinos, el 20,7% del total y el 31,16% de los no fabricantes. Es evidente que este grupo crecerá escalonadamente, llegando en unas décadas a ser el elemento mayoritario. El censo de 1860, que desglosa por oficios a los vecinos, agrupa el mayor porcentaje de individuos en torno a la clase obrera. Lo propio sucederá en la vecina localidad riojana de Ezcaray a partir de la segunda década del siglo¹⁰.

Los cardadores y tejedores de Pradoluengo, 62 y 38 respectivamente, conforman en 1860 el 43% del total y el 65% de los no fabricantes. Aunque mantenían

industrias de fase que, si bien nunca llegaron a suponer grandes espacios de concentración fabril, se surtieron de esta mano de obra que había perdido la capacidad de fabricar y tan sólo era dueña de su trabajo.

⁷ No era extraño que los tejedores sufriesen deformaciones o encorvamientos, producidos por la unión de sus cuerpos al telar durante tan prolongado espacio de tiempo.

⁸ BENAUL BERENGUER, Josep Maria: *La indústria tèxtil llanera a Catalunya, 1750-1870. El procés d'industrialització al districte industrial de Sabadell-Terrassa*, Tesis doctoral, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, 1991. En nuestro caso la tecnología más atrasada con respecto a los núcleos catalanes hace que los obreros burgaleses también trabajen más que los de Sabadell y Terrassa.

⁹ RULE, John: *Clase obrera e industrialización. Historia social de la revolución industrial británica, 1750-1850*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 24-25. El autor señala que incluso en Inglaterra los adelantos técnicos dentro de la industria lanera —como la pradoluenguina— fueron más lentos que en otros subsectores.

¹⁰ OJEDA SAN MIGUEL, Ramón: «La fallida industrialización de una comarca textil riojana: el alto Valle del Oja», *Berceo*, 124 (1993), p. 109. Las escrituras de aprendizaje típicamente gremiales se transforman en contratos laborales con tintes «capitalistas». En Pradoluengo no existe documentación significativa al respecto, pero las actuaciones serían similares: dinero a cambio de trabajo. Los contratos de Ezcaray suelen oscilar entre cuatro y ocho años, con sueldos, en ocasiones diarios, en ocasiones a destajo.

algunos medios de producción, ya han dado un paso firme en la espiral de la proletarización. La independencia que mostraban setenta años antes, cuando el 97% eran a su vez fabricantes, se perderá, subordinando su fuerza de trabajo ante aquellos compañeros de viaje que pudieron reunir capitales suficientes para afrontar las nuevas exigencias del mercado¹¹. Aunque dueños de su telar o de sus tornos, es evidente que los tiempos habían cambiado, y mucho. La «independencia» que les daban estos medios, no iba más allá de poder trabajar en su casa, lo que supone cierto «estatus socioeconómico» frente al simple jornalero. Sin embargo, en realidad, ya sólo son dueños de su trabajo.

Un indicador de la expansión de la clase obrera es el del propio incremento demográfico de la localidad, propiciado por la industria textil que atraía numerosa mano de obra forastera y permitía el crecimiento vegetativo. El aumento es continuado, como corresponde a la época de mayor bonanza en la producción, desarrollada entre 1820 y mediados de la década de los cincuenta¹².

Cuadro 1: Crecimiento poblacional. Pradoluengo 1820-1860 (1820=100).

AÑO	NÚMERO DE HABITANTES	PORCENTAJE
1820	1.571	100
1823	1.760	112,03
1838	1.945	123,80
1842	2.260	143,85
1843	2.374	151,11
1844	2.302	146,53
1846	2.413	153,59
1848	2.779	176,89
1850	2.839	180,71
1852	2.951	187,84
1860	2.772	176,44

Fuente: AMP: Sign. 505. Censos de población (1818-1860).
Censos de 1820, 1823, 1838, 1842, 1843, 1844, 1846, 1848, 1850, 1852 y 1860.

¹¹ Estas exigencias incluían una mayor producción y una comercialización con caracteres modernos. Los nuevos fabricantes decimonónicos compran partidas más grandes de lana para llevar a cabo una mayor producción, en la que la escasa rentabilidad de las ventas se vea compensada por el aumento en cantidad, lo que no estaba al alcance de las precarias economías de la mayoría de los antiguos fabricantes.

¹² AMP (Archivo Municipal de Pradoluengo): *Libro de acuerdos (1837-1860)*. Sign. 170, fols. 27-28. 1-II-1842. La época de bonanza y crecimiento aparece descrita en las actas municipales. En febrero de 1842, los componentes del Ayuntamiento dan cuenta de que en enero, un crecido número de fabricantes se quejaron de «los repetidos robos que de algún tiempo a esta parte se estaban ejecutando en las ramblas de esta Fábrica, destinadas para colgar y secar las bayetas», lo que perjudicaba su producción, «siendo más notable y reprehensible en la actual situación, que se ve prosperar esta Fábrica cual ninguna otra de la Nación, en que felizmente tienen ocupación todos los brazos y no se experimentan necesidades».

Entre 1820 y 1852 la población creció a una tasa anual del 2,75 por ciento. A partir de los años 1820-1830 se producirá en España una extraordinaria disminución de la mortalidad ordinaria, lo que se tradujo en un nuevo ciclo de aumento demográfico, ya que las tasas de natalidad seguían siendo elevadas. Este crecimiento demográfico trae consigo un crecimiento económico. Aún así, el incremento en España no es tan acusado como en otros países europeos, porque subsiste una elevada tasa de mortalidad infantil, además de los efectos de las guerras que asolan el país durante un siglo tan convulso como el XIX, las epidemias de cólera y las crisis de subsistencias¹³. Durante los quince años anteriores a 1842, se crean en la localidad burgalesa la mayoría de las nuevas hilaturas con tecnología moderna, creciendo la población en unos quinientos habitantes, lo que a ojos de los contemporáneos suponía una etapa de esplendor¹⁴.

No obstante, la bonanza que parece desprenderse de algunas expresiones optimistas se desvanece cinco años después. Incluso las actas municipales reflejan esta preocupación, recordando que es urgente dar ocupación y trabajo a un crecido número de vecinos, «que por efecto de la carestía del pan y decadencia y paralización de esta fábrica, se hallan en la mayor miseria»¹⁵. La falta de trabajo impele a estos desocupados a pedir diariamente un remedio ante la casa consistorial, con el fin de atender en la medida de lo posible su manutención «y la de sus familias que existen en la mayor desnudez y sin el alimento preciso, que es el pan»¹⁶. Es decir, ya en 1847, salen a la luz los primeros síntomas de crisis obreras¹⁷. En 1850 se repiten los comentarios pesimistas:

con motivo de la paralización en que se encuentran las fábricas de este pueblo, se nota que muchos operarios se hallan sin tener a qué dedicarse por falta de trabajo, dando esto ocasión a la vagancia y dedicarse a hechos inmorales¹⁸.

En cuanto a la distribución por el casco urbano y, aunque un tanto difuminadas a inicios del siglo XIX, se presentan tendencias a la hora de la ubicación por zonas

¹³ Muchas de estas razones incidirán en la demografía de Pradoluengo, pero nunca de una manera tan significativa que suponga una bajada o estancamiento de la población.

¹⁴ AHPB (Archivo Histórico Provincial de Burgos): *Protocolos Notariales*. Sign. 3627/1, fol. 72. 22-V-1843. Como reflejo de esta prosperidad, en 1843 se procede a la construcción del nuevo Ayuntamiento. El edificio, con un coste de 50.000 reales, incluyó escuelas y otros servicios municipales.

¹⁵ AMP: *Libro de acuerdos (1837-1860)*. Sign. 170, s/f. 1847. Una manera de paliar la situación es el empedrado de calles y la realización de otras obras públicas como la creación de una nueva escuela.

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ GARCÍA CABRERA, José: «Tiempo de escasez, tiempo de carestía: La crisis de subsistencia de 1847 en Jerez de la Frontera», *Historia Social*, 42 (2002), pp. 21-40. En el caso de Jerez como en el resto de España, el miedo a conmociones sociales por la falta de pan llevó a medidas municipales paliativas.

¹⁸ AMP: *Libro de acuerdos (1837-1860)*. Sign. 170, s/f. 1850. Esta escasez de trabajo, se va a repetir con asiduidad. Además existen fluctuaciones en un mismo año, existiendo épocas de gran actividad productiva, junto a otras en las que la paralización afecta sobre todo a los obreros.

de las distintas clases sociales. Estas querencias establecidas por una diferenciación progresiva, se plasmarán a finales de siglo en una auténtica bipolarización espacial. Los fabricantes se concentrarán principalmente en dos barrios, el de la Plaza y el de la Iglesia, es decir, en el centro de la localidad, al igual que los tintoreros. Por la misma razón, los curas, médicos y escribanos también viven aquí. A su calor, el grupo de sirvientas y criados se concentra también entre los barrios de la Plaza y de la Iglesia, además de los cercanos de Medio y del Arroyo Vecino. El crecimiento vegetativo de la primera mitad del siglo XIX tuvo más pujanza en unas calles que en otras. Así, el Barrio Bajero crece de modo constante ya que la clase obrera se concentra preferentemente en la zona, incrementándose en un 35% su crecimiento en diez años. En cambio, el Barrio Encimero sufre más altibajos por la decadencia de los pocos labradores que vivían en él, aunque hay un ascenso del 26% ya que también acoge a muchos jornaleros de fábrica, cuyo número está creciendo. Por último, el Barrio de la Iglesia registra los mayores incrementos en 1848 y 1852, tanto por el mantenimiento de los fabricantes como por la llegada de vecinos dedicados al sector servicios, que buscan una situación central para su actividad¹⁹.

Los obreros o jornaleros de fábrica cambiaban con facilidad su residencia según fuese la oferta de trabajo. Es decir, pueden permanecer en Pradoluengo mientras las labores de lavado, cardado e hilado de lanas se demandan y cuando los fabricantes ofrezcan los jornales suficientes. Sin embargo, si eso no sucede, los obreros se dedican a faenas agrícolas como la de la vendimia en las cercanas localidades de la vega riojana o las de otras explotaciones agrícolas en los pueblos del este burgalés. El censo de 1826 realizado por un subteniente comisionado para averiguar las causas de las ocultaciones en el número de vecinos, aparecidas en censos anteriores afirma:

Procedí a inspeccionar el vecindario que legítimamente tiene esta Población, y aunque según el que he formado consta de 340 y medio, resultando un déficit de 101, he aberiguado que el verdadero vecindario solo debe constar de 271, por que los 70 restantes son los 19 mendigos, y las 51 personas que no tienen domicilio fijo por ser jornaleros de fábrica, de cuias clase es la maior parte de este vecindario, y mudan su residencia según el estado de prosperidad o de decadencia en que se alla la fábrica, por cuias razones no puede graduarse fraude considerable²⁰.

¹⁹ En cuanto a la composición familiar, el menor número de hijos por vecino se da —como por otra parte era previsible—, en el Barrio Encimero, entre los 2,05 y los 2,56, ya que corresponden a las familias más pobres —labradores y jornaleros de fábrica—, mientras que las cifras mayores se dan entre los habitantes del Barrio de la Iglesia, donde se concentra un mayor número de fabricantes y oficios liberales, yendo de 2,88 a 3,05. El Barrio Bajero quedaría entre ambos, con cifras entre 2,11 y 2,81.

²⁰ AMP: *Censos de población (1818-1860)*. Censo de 1826. Sign. 505. El censo se realizó para certificar las posadas, tabernas, «aguardientes», y demás establecimientos que necesitasen «licencia de policía» para desarrollar su actividad. También, dada la coyuntura política del momento, se fija si cada uno de los vecinos es adicto a la «justa causa del Trono y del Altar». En todas las casillas se especificó que la conducta política

Nombres nuevos para trabajos nuevos: mayordomos, hilanderos, jornaleros

Los novedosos establecimientos industriales construidos a lo largo del primer tercio del siglo XIX, supusieron una modernización en la maquinaria que aceleró el proceso de proletarización de cardadores y tejedores, creando figuras hasta entonces desconocidas. Se trata de los «mayordomos»²¹, de los hilanderos, de los jornaleros de taller, que trabajan en los obradores de tejeduría y del resto de los jornaleros de fábrica, que trabajan en las hilaturas, tintes y batanes de nueva construcción²².

Las relaciones en el trabajo cambiaron y se endurecieron. Las condiciones van a ser peores que el trabajo a domicilio —sistema muy utilizado con anterioridad que no desaparecerá del todo—, y los jornales se ajustarán hasta niveles de subsistencia. Entre otros instrumentos de sujeción, los dueños de las fábricas se valdrán de los mayordomos para la supervisión y dirección de los jornaleros. Los contratos establecidos lo muestran de forma palmaria. Sin embargo, estos mayordomos no son ni mucho menos unos privilegiados, teniendo en cuenta que están obligados a cumplir jornadas laborales agotadoras, que los sueldos no se corresponden con estas jornadas y que sus obligaciones superan las de la mera supervisión del trabajo.

Como muestra, el contrato de Manuel Espinosa con los dueños de la Hilatura del Agua Sal, en agosto de 1836. La relación contractual concluirá a voluntad de cualquiera de las dos partes, pero advirtiéndolo con dos meses de antelación. El mayordomo deberá recibir y entregar elaboradas las lanas que se llevasen al establecimiento, cobrará los servicios de la hilatura y el batán, llevará las cuentas —que podrán ser pedidas en cualquier momento por los dueños—, cuidará de la limpieza y orden de las oficinas y celará por que los obreros cumplan sus deberes. En la primera operación pondrá todos sus ojos para que ningún fabricante achaque que se le ha hurtado cantidad ninguna de lana. Muy interesante, ya que nos refleja el perfil de los mayordomos y la actitud que deben mantener ante los obreros, es la siguiente estipulación:

No permitirá que entre los operarios haya disputas ni altercados, ni menos que le falten al respeto y subordinación que deben tenerle. Tampoco les permitirá

y moral de los habitantes era buena, siendo en teoría todos adictos al absolutismo fernandino. La cifra de población también se oculta, porque con este censo se pretende controlar el verdadero número de vecinos para imponer el cupo de quintos preciso.

²¹ En la terminología del siglo XIX se denomina «mayordomo» al encargado del funcionamiento de un establecimiento, equiparándose a un capataz, aunque con una serie de atribuciones y trabajos suplementarios que superan este concepto. Sobre el principio de autoridad jerárquico por encima del acceso al oficio o los conocimientos técnicos, ENRECH MOLINA, Carles: «Jerarquía fabril y...», *op. cit.*

²² SMITH, Angel: «Industria, oficio y género en la industria textil catalana, 1833-1923», *Historia Social*, 45 (2003), pp. 79-99. Para este autor, no hay una ruptura entre las divisiones de trabajo en los viejos oficios preindustriales y los del proceso industrializador. Los industriales tendieron a adaptar sistemas de los viejos oficios hasta 1880. A partir de entonces recurrirán a mano de obra femenina, peor pagada.

que exijan convites a los que lleben lanas para ilar, a pretexto de despacharlo pronto y bien, ni con otro pretexto alguno.

Los propietarios suministraban al mayordomo cada sábado y «puntualmente», el dinero necesario para pagar a los operarios²³. Estos encargados tenían la ventaja de poder cobrar en épocas de poca producción gracias a las facturas abonadas por otros fabricantes ajenos a la sociedad que acudían a la hilatura, pero los obreros tenían problemas en caso de escasez de numerario. Por todos los trabajos señalados Espinosa cobraba nueve reales y medio cada día, incluso los festivos, un sueldo escuálido teniendo en cuenta el número de obligaciones y responsabilidades. Eso sí, se le prestaba la vivienda en el mismo establecimiento, un pequeño huerto para obtener algún beneficio de sus pocos ratos libres y el aceite que consumía²⁴. Poco tiempo permaneció Manuel en la Máquina del Agua Sal, ya que tres años más tarde trabaja en la de Las Viñas. Los socios de esta hilatura contrataron a Manuel por tres años en unas condiciones muy duras²⁵. Debía cuidar con delicadeza, esmero y vigilancia de todas las oficinas del establecimiento, abriéndolas y cerrándolas a las horas prefijadas, desde las cinco de la mañana a las diez o doce de la noche, por tanto, más de quince horas de trabajo. Una de las funciones más controvertidas era la vigilancia de los obreros, a los que, según palabras de los dueños, no debía «faltar a la vista». Otro de sus deberes será, «procurar por el buen orden y prosperidad del Establecimiento, haciendo que los operarios trabagen bien y con gusto a los Dueños»²⁶. Si las condiciones de los mayordomos eran duras, las de los obreros eran extremas. La mecanización provocó una reducción de mano de obra, ya que la nueva maquinaria necesitaba para su manejo la cuarta parte de personal en el cardado y la decimosexta en el hilado. Además, se trastocó la composición de la fuerza de trabajo preindustrial. Si hasta entonces estas labores fueron desarrolladas por mujeres y niños, a partir del segundo tercio del siglo XIX la maquinaria se dirige por hombres²⁷. Este predominio del trabajo masculino en los modernos

²³ Si alguno de los socios no aportaba el dinero, perdía las «utilidades» —beneficios— de esa semana.

²⁴ AHPB: *Protocolos Notariales*. Sign. 3.625/1, fol. 69. 3-VIII-1836. Los dueños de la hilatura no podían a título particular reprender la actuación del mayordomo sino después de una reunión de todos ellos. Sus mujeres no debían tener relación alguna con la dirección del establecimiento, condición significativa que se repite en todos los contratos. Además, el mayordomo debía tener a su cargo la tarea de *endiablar* la lana, lo que suponía una labor añadida a su ya de por sí completa jornada.

²⁵ En la documentación hay pocas referencias a las condiciones de trabajo del estrato inferior de los obreros, pero conociendo las de los mayordomos, tuvieron que ser muy duras.

²⁶ AHPB: *Protocolos Notariales*. Sign. 3.613/3, fol. 195. 9-XI-1839. Los mayordomos, si bien mantuvieron cierto estatus social que los diferenciaba de los simples jornaleros, sufrieron como éstos unos sueldos bajos —aunque eran fijos— tan sólo redondeados por la vivienda gratuita, el producto de pequeños huertos, la matanza del cerdo, etcétera. Su función se sostuvo hasta bien entrado el siglo XX.

²⁷ SMITH, Angel: «Industria, oficio y...», *op. cit.*, p. 82; ROS MASSANA, Rosa: *La industria textil... op. cit.*, p. 309. Algo parecido sucedió en Béjar. La modernización provocó un desplazamiento de mano de obra femenina hacia el servicio doméstico, aunque en realidad los datos censales ocultan que realizaban tanto

establecimientos perdurará hasta finales de siglo, cuando una fuerte reconversión introdujo casi en exclusiva mano de obra femenina en las operaciones necesarias para la confección de boinas y calcetines.

La proletarización no fue un proceso súbito. Hacia 1830, los contratos que se establecen entre los poseedores de los medios de producción y los trabajadores se asemejan más a arrendamientos de tipo antiguo que al contrato habitual entre patrón y obrero, lo que no significa que las condiciones fuesen menos gravosas. Cuando Donato Martínez otorga en arrendamiento por cuatro años a Eugenio Martínez una casa con hilatura, Eugenio debe pagar 15 reales al mes a Donato, aunque en la práctica recibe un pequeño sueldo de este según sean los beneficios de la hilatura. Durante esos años, Eugenio hilará en la máquina, percibiendo en efectivo la mitad de lo que gane por ello. Eugenio cobraría la otra mitad si proporcionase lana de su propiedad o de fabricantes para hilar. Además, dado que Eugenio «no está actualmente instruido en el arte de ilar en la Máquina, si quisiese salirse de ella», y antes de expirar los cuatro años, habría de pagar a Donato 300 reales por razón de aprendizaje²⁸, gasto de torno, cuerdas y demás. Es decir, ¡el trabajador paga una renta por poder trabajar!, y su sueldo está determinado en un 50% por la cantidad de lana hilada —con el peligro que comportaba la escasez de ciertas épocas—, y en el otro 50% por la cantidad de lana que consiguiese hilar fuera de la aportada por el dueño. En resumen, el propietario de la máquina se cubre las espaldas sin ningún tipo de riesgo.

Peores condiciones —si bien es cierto que en ambos casos hay un aprendizaje— sufren otros operarios que formulan con el mismo Donato varios contratos. Como única alternativa de trabajo de la que disponían, deben conformarse con sueldos de miseria. Así, Juan de Benito se compromete a estar hilando en la máquina de Donato «por quien ha sido admitido en ella», durante dos años, sin exigirle por su trabajo «otro premio que el que pague a otros operarios de igual clase». Si no se comportaba según lo convenido o tenía la desgracia de caer enfermo²⁹, debía pagar al dueño la cantidad de quinientos reales por el aprendizaje y demás perjuicios ocasionados. Al mismo tiempo, como aval de cumplimiento, tuvo que hipotecar su casa³⁰. Es decir, por trabajar por un sueldo que ni tan siquiera se indica —tan sólo para calificarlo como igual a los que reciben operarios «de igual clase»—, ¡el obrero debe hipotecar su propia casa!

tareas del hogar como otros trabajos manufactureros, como era el caso de las peladoras o el de escogedoras y lavadoras manuales de lanas.

²⁸ ENRECH MOLINA, Carles: «Jerarquía fabril y...», *op. cit.*, p. 103.

²⁹ El protocolo notarial indica ante esta posibilidad, bastante común por otra parte: si tuviera una enfermedad «con que Dios quiera regalarle».

³⁰ AHPB: *Protocolos Notariales*. Sign. 3.623/3, fol. 135. 1-x-1831, y fol. 136. 3-x-1831.

En el contrato del «maquinero»³¹ de la vecina Ezcaray Luis Boulandie con los socios de una hilatura, aparecen algunos datos sobre las características del trabajo de los obreros, como el compromiso del maquinero de enseñar el oficio a cada uno de ellos. El hiladero cuyo torno se hubiese de arreglar por Boulandie en caso de rotura debía estar siempre presente, prestando atención a sus explicaciones en la reparación de los tornos y mecheras de la hilatura, reposición de poleas nuevas y de husos, reposición de canales, y reparación de cilindros de hojalata. Con ello, los dueños del establecimiento se ahorraban el trabajo especializado de enseñar, no sólo el funcionamiento de estas máquinas, sino su reparación en caso necesario. La segunda característica se refiere a los horarios laborales. Su dureza para el siglo xx es enorme, si hacemos caso a las entrevistas orales, siendo más drásticos en el siglo xix. En la mayoría de estos establecimientos, la jornada de trabajo era continua durante veinticuatro horas:

No se podrá señalar hora fija para hacer andar por las mañanas a las Máquinas, ni tampoco para hacerlas cesar en el Trabajo, antes bien los dueños del establecimiento podrán si les combiene, hacer que trabajen de día y de noche.

Por supuesto que a los dueños les convenía esta continuidad horaria, aunque las distintas coyunturas marcan épocas de producción más activas que otras de crisis, en las que no era necesario un trabajo continuado. Las jornadas de los obreros alcanzaban la mayor parte del año las doce horas³². Una escritura de mayordomía muestra indirectamente la forma de cobro de los operarios. En ella se especifica que ganarían su sueldo por el trabajo hecho, es decir, trabajaban a destajo. La décima condición expresa: «Los Dueños ande entregar al Mayordomo para que atienda a los gastos de operarios, el importe de las Lanas que trabagen a razón de trece maravedís por cada madeja».

Por tanto, en las épocas de escasez de trabajo provocadas por la evolución del mercado de paños y bayetas o el estiaje del río que movía las ruedas de la hilatura, los obreros percibían tan sólo la soldada correspondiente a las madejas elaboradas³³.

Sin trabajo no hay pan y sin pan hay hambre

El Censo de 1821 recoge para Pradoluengo un estadillo de diez mendigos, situación que no era conocida en el Setecientos³⁴. Los datos reflejados en el

³¹ Técnico especializado en la construcción de maquinaria para hilar y cardar lanas.

³² AHPB: *Protocolos Notariales*. Sign. 3.625/3, fol. 261. 14-xi-1838.

³³ AHPB: *Protocolos Notariales*. Sign. 3.613/3, fol. 195. 9-xi-1839.

³⁴ A pesar de la pobreza de algunos cardadores de mediados del siglo xviii, en ningún caso se vieron avocados a la mendicidad. El estadillo finaliza así: «A excepción de Francisco Villanueva, que por su defecto no puede trabajar, y Matías Villanueva que no lo hace por su poca aplicación, los demás todos se ocupan en su profesión de cardadores en los días de trabajo, siendo por lo mismo poco grabosos al Pueblo, pues

Cuadro 2 indican la facilidad de caer en la pobreza que afectaba en mayor medida a determinadas ocupaciones. Todos los mendigos tenían sus oficios textiles, pero dentro de estos el más frágil es el de cardador. También existe un caso aislado de tejedor, efectivamente el oficio artesanal más cercano a los límites de la pobreza tras el de cardador.

Cuadro 2. Condiciones de los mendigos en Pradoluengo, 1821.

(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)	(7)	(8)	(9)
María Fuentes	-	-	viuda	4	cardadora	a la misma	regulares	57
Bárbara Untoria	-	-	viuda	-	cardadora	a la misma	regulares	56
Lorenza Sáez	-	-	viuda	-	cardadora	a la misma	regulares	64
Vitores Untoria	-	-	casado	1	cardador	a la misma	regulares	64
Valentina de Simón	-	sí	viuda	2	cardadora	a ninguna	regulares	50
Juana Vitores	-	-	viuda	1	cardadora	a la misma	regulares	62
Francisco Villanueva	ciego	sí	casado	2	cardador	a ninguna	regulares	35
Matías Villanueva	-	-	viudo	-	tejedor	a la misma	poca a.t.	62
Catalina Medrano	-	-	viuda	-	cardadora	a la misma	regulares	60
Josefa Villanueva	-	-	viuda	-	cardadora	a la misma	regulares	65

(1): Nombres; (2): Defecto físico; (3): Imposibilitado absolutamente; (4): Estado civil; (5): Número de hijos; (6): Profesión anterior a la mendicidad; (7): Ocupación a que podría destinarse; (8): Costumbres; (9): Edad. Destaca el calificativo que se emplea para definir las costumbres del mendigo Matías Villanueva: «poca aplicación al trabajo».

Fuente: AMP: Sign. 505. Censos de población (1818-1860). Censo de 1821.

Parece clara la desigualdad existente entre hombres (3) y mujeres (7), muy desfavorable hacia estas. También es revelador que el estado civil mayoritario sea la viudez, exceptuando los casos del ciego Francisco Villanueva y de Vitores Untoria. La mitad de los mendigos cuentan con hijos, pero esta condición no les impide haber caído en la pobreza. Entre ellos encontramos lazos de parentesco y comprobamos que la vejez es otro factor que favorece el deslizamiento hacia la indigencia³⁵.

solo se les ve mendigar en los Domingos y algún otro día de fiesta».

³⁵ La media de edad de las mujeres es de 59,5 años. La frontera entre el oficio de cardador y la mendicidad era endeble, ya que las crisis de trabajo les afectaban más que a otros. Clarificadora —no por obvia, sino por entrañar una auténtica definición estructural de esta industria— es la afirmación de que los mendigos trabajan cuando hay trabajo y que por eso son menos gravosos al pueblo. Los cardadores formarán el grupo del que surjan los denominados en 1860 como «jornaleros de fábrica», que también sufren en mayor medida que otros sectores la falta de trabajo, escasez que se agudiza al finalizar el siglo. Si no había «labor» no había jornal y se caía en la miseria si la coyuntura se alargaba. El número «oficial» de pobres en 1824 seguía siendo de diez, y de cinco en 1831, aunque muchos cardadores del censo se califican como «cardadores pobres», una situación que irá a más con el proceso de proletarización de este oficio, que también afectó a los tejedores y, sobre todo, a los jornaleros de fábrica.

A lo largo del siglo XIX se reprodujeron varias crisis de subsistencia, reflejadas en la evolución demográfica. La evolución de los precios del trigo, a pesar de las reformas introducidas en este sector, sufrió periódicas disfunciones que se tradujeron en la subida de precios de un elemento tan básico en la dieta como era el pan. Estas crisis de subsistencias, casi de periodicidad decenal, provocaban un gran impacto en las economías de los más desfavorecidos y en ocasiones sus consecuencias fueron las huelgas y el conflicto social³⁶. Sin entrar en las razones, las de subsistencias se corresponden con crisis en la población de Pradoluengo. Si exceptuamos la del interaño 1824-1825, en otros años son comunes a las del país. Se producen descensos muy apreciables del conjunto de la población en los años 1837-1838, 1847, 1856-1857, 1867-1868 y, por último, en 1882, aunque esta vez con menor gravedad.

No existen datos directos de los salarios de obreros en el Pradoluengo de entre siglos, pero las referencias indirectas indican que eran menores que en otros centros laneros, no llegando a cubrir las mínimas condiciones de supervivencia. Los salarios, más que por el mercado de trabajo, se regían por la costumbre, una de las razones por las cuales no cambiaban en periodos muy largos. El destajo beneficiaba a los jóvenes, quienes en menos tiempo llevaban a cabo el mismo trabajo que los mayores. Ello produjo una competencia interna que trajo consigo la ruptura de la cultura del ocio de los artesanos de época moderna, aumentando el horario de trabajo. Las labores realizadas ahora en las fábricas, hicieron perder cierta independencia a los obreros.

El sistema preponderante en Pradoluengo es el del trabajo a destajo. Para Marx el destajo dejaba al obrero a mitad de camino entre el simple jornalero, que depende de la voluntad del capitalista, y el artesano cooperativo. En puridad, el trabajador a destajo es su propio patrón, aunque trabaje con el capital del empresario³⁷. Marx critica la falta de conciencia de estos obreros, sin embargo, a un jornalero del Pradoluengo de finales del XIX, lo que le interesa es trabajar cuando puede hacerlo: en las épocas del año en las que se necesita suficiente mano de obra, épocas en las que se trabaja a destajo³⁸.

No siempre los salarios monetarios son indicadores suficientes para el estudio de las condiciones de vida de los trabajadores. El estudio de los salarios reales,

³⁶ TORRAS ELÍAS, Jaime y YUN CASALILLA, Bartolomé (dirs.): *Consumo, condiciones de vida y comercialización. Cataluña y Castilla, siglos XVII-XIX*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1999, p. 286.

³⁷ MARX, Karl: *El capital: crítica de la economía política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985-1987 (reed.), vol. 2, p. 671.

³⁸ El obrero trabaja cuando hay trabajo. Esta frase no es pueril. El obrero no se planteaba cuestiones teóricas sobre el método empleado, tan sólo se veía impelido a hacerlo. Las crisis de carga de trabajo, se reflejaban en menos contratos a destajo y las temporadas de menor ocupación que con periodicidad cíclica afectaban a esta industria se traducían en la propia supervivencia o no de esta clase social.

en ocasiones deja de tener en cuenta coyunturas como el desempleo, el trabajo irregular en sus múltiples variantes, la diversidad salarial según localizaciones, tipos de industria, categoría profesional, edad, sexo, etc. Todo ello implica que la diferencia entre salario e ingresos se agrande gracias al trabajo de niños y mujeres, a ingresos por otros trabajos, etc. No obstante, la falta de documentación exclusiva, nos hace movernos en las noticias indirectas —estas sí más abundantes— para dar luz sobre su nivel de vida.

Por lo general, desde mediados del siglo XIX hasta la década de 1870, los salarios reales no aumentaron, aunque lo hicieron los nominales. El concepto de salario en el siglo XIX nada tiene que ver con el actual, siendo el jornal³⁹ el término que deberíamos utilizar. Las economías familiares no se basaban en el jornal del cabeza de familia, sino que los complementos de otros jornales, como los aportados por mujeres y niños desde tierna edad, hasta los obtenidos de la mendicidad y otros aportes, son vitales para redondear los ingresos de supervivencia. A esta inseguridad en la regularidad del trabajo, se une la inexistencia de prestaciones ante accidentes, enfermedad, invalidez o vejez. En suma, una situación global muy cercana a la pobreza, que contrasta con cierta opulencia de la pequeña burguesía de los fabricantes textiles. Un contraste o bipolarización social que marcará la época decimonónica y gran parte del siglo XX.

Las variaciones retributivas eran enormes en un mismo entorno. El informe de la Comisión de Reformas Sociales de 1899 para la provincia de Burgos, afirma:

La cuantía del salario es sumamente variable según las circunstancias de caso, tiempo, persona y oficio, pudiendo apreciarse como término medio el de 1,50 pesetas día para el peón bracero y de 2,50 pesetas día para los oficiales⁴⁰.

Las mujeres cobraban un tercio menos e incluso, en ocasiones, la mitad que el sueldo de los varones. En otra localidad textil castellana, Béjar, los tejedores manuales percibían hacia 1896 entre 4 y 5 pesetas diarias, los tejedores mecánicos alrededor de 3,5, los peones o jornaleros de fábrica de 1,75 a 2,5, los niños entre 1 y 1,25 y las mujeres 0,5 diarias⁴¹. En contraste, los tejedores pradoluengunos cobran treinta años después menos de la mitad, lo que da idea de su situación. En el principal centro lanero español, Sabadell, el salario medio estaba relacionado con la edad y la antigüedad dentro de la fábrica, de tal manera que el masculino se incrementaba un 50% en los diez primeros años y se doblaba a los veinte años de permanencia en una misma fábrica⁴². Con estos salarios no se podían cubrir

³⁹ Se recibía retribución cuando había trabajo y el método comúnmente aceptado es el trabajo a destajo.

⁴⁰ DELGADO VIÑAS, Carmen: *Clase obrera, burguesía y conflicto social. Burgos (1883-1936)*, Valladolid, Caja Duero, 1993, p. 65.

⁴¹ TORRAS ELÍAS, Jaime y YÜN CASALILLA, Bartolomé (dirs.): *Consumo, condiciones de... op. cit.*, p. 235.

⁴² CAMPS CURA, Enriqueta: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1995; IZARD, Miguel: *Industrialización y obrerismo. Las*

las condiciones mínimas de supervivencia. Por ejemplo, en el Madrid de 1900, una vivienda, sin ningún tipo de comodidad se sitúa en las 15 pesetas de alquiler mensual para una media de salario de 3,5 pesetas al día⁴³.

El citado informe de la Comisión de Reformas Sociales, aseguraba que la situación de los obreros industriales era mala cuando su jornal diario no llegaba a 10 reales diarios (2,5 pesetas), y mediana cuando ganaban cantidades superiores, «pero nunca llegará a ser buena o desahogada»⁴⁴. En marzo de 1923, treinta y cuatro años después de la redacción del informe de la Comisión, en Pradoluengo se acordaba señalar como precio medio del jornal de un bracero la cantidad de dos pesetas y veinticinco céntimos, menos que el jornal de un obrero industrial en Burgos en 1889⁴⁵.

Cuadro 3: Jornales (8 horas) en pesetas, de obreros textiles de varios centros laneros españoles (1925—1931).

CUALIFICACIÓN/LOCALIDAD	1925	1930—31
<i>Cardadores</i>		
Barcelona	7,28	6,8
Ezcaray	-	5
Pradoluengo	-	6
Palencia	4,88	4,8
Béjar	5,44	4,8
<i>Hiladores</i>		
Barcelona	10	9,68
Ezcaray	-	6
Pradoluengo	-	7
Palencia	7,36	7,2
Béjar	7,92	6,72

Fuentes: GARCÍA COLMENARES, P.: *Evolución y crisis...*, op. cit. p. 238; A.M.B. —Archivo Municipal de Burgos—: *El Castellano*, 30-XII-1931.

Tres Clases del Vapor 1869-1913, Barcelona, Ariel, 1973.

⁴³ TUÑÓN DE LARA, Manuel (dir.): *Historia de España. Vol. 8. Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1923)*, Barcelona, Lábora, 1983, p. 349. Los estudios sobre el poder adquisitivo de los salarios, han demostrado que en las zonas rurales no era suficiente para subvenir a las necesidades alimentarias si sólo se contaba con las ganancias del padre, por lo que hay que recurrir a otros ingresos. Los gastos de alimentación suponían aproximadamente el 70% del gasto total.

⁴⁴ TORRAS ELÍAS, Jaime y YÜN CASALILLA, Bartolomé (dirs.): *Consumo, condiciones de...* op. cit., p. 241.

⁴⁵ DELGADO VIÑAS, Carmen: *Clase obrera, burguesía...* op. cit., p. 52. En Burgos, como en el resto de España, la jornada de trabajo ocupaba la mayor parte del día. Sin embargo, el verdadero problema para los obreros se centraba en las jornadas en las que no había labor, ya que si no había trabajo, no había jornal. Las condiciones en localidades más pequeñas como Pradoluengo son incluso peores, atenuadas tan sólo por la raquítica agricultura y ganadería existentes.

Como se puede apreciar en el Cuadro 3, los jornales de los enclaves laneros catalanes comparados con los castellanos son superiores en más de un 25%. Dentro de estos últimos los peores salarios se ofrecen en Béjar y en Ezcaray, donde son de absoluta miseria⁴⁶. Por otro lado, los datos aportados por el periódico tradicionalista *El Castellano* referidos a Ezcaray y Pradoluengo, hinchaban los datos de la localidad burgalesa y reducen los de la riojana de manera interesada, para hacer ver que los obreros burgaleses cobraban un salario justo. Ya en 1933, el Ayuntamiento pradoluenguino fija el jornal mínimo en 4 pesetas, cantidad irrisoria para la mínima supervivencia. En otros lugares dedicados a la misma actividad económica, como la fábrica de boinas La Encartada de la localidad vizcaína de Balmaseda, los cardadores cobraban en 1933, 7,5 pesetas y los tejedores 7, incluso un poco más que en los centros catalanes. En contraposición los sueldos de las mujeres son justamente la mitad⁴⁷.

Durante el primer tercio del siglo xx, la mayor parte de trabajos de la industria pradoluenguina se seguían cobrando por trabajo realizado. Así, el tejido de una bayeta se pagaba a 5 pesetas la pieza. Teniendo en cuenta que los mejores tejedores tardaban dos días y medio en hacer una y que lo común era que lo hiciesen en tres días, un tejedor ganaba la misérrima cantidad de 10-12 pesetas semanales. Esta situación acabó tras una huelga de los tejedores en la que, según una entrevista oral, «de repente les subieron a 8 pesetas». Esta misma fuente indica que la jornada de un tejedor comenzaba a las seis de la mañana y terminaba, «lo que alargase el día», pero que, «cuando había prisa», se estaba más tiempo, es decir, durante largas temporadas se trabajaba más de catorce horas. Por ello, a pesar de estas jornadas y retribuciones, no sorprenden frases como esta: «no podían comer, no comían», referida a las familias de mayordomos pradoluenguinos, cuya situación era envidiable respecto a la de los obreros⁴⁸.

La penuria del obrero: escasa alimentación, mala vivienda y peor vestido

El nivel de vida, la alimentación, el vestido, la vivienda o la higiene, también están claramente diferenciados entre fabricantes y obreros⁴⁹. Los ingresos en la unidad familiar obrera se dividían en tres partes. Cerca del 70% se dedicaban a la alimentación y el resto a vestido y vivienda. La clase obrera pradoluenguina comía poco y mal. Por su parte, el vestido constituía un aspecto de menor relevancia en sus prioridades. La principal preocupación era el alimento. Por último,

⁴⁶ No obstante, hay que tener en cuenta que las subsistencias se encuentran a precios más baratos en Ezcaray que en las ciudades vallesanas.

⁴⁷ LÓPEZ GARCÍA, José Luis: *La Encartada S.A. Fábrica de boinas*, Bilbao, Diputación Foral de Vizcaya, 1991, p. 31.

⁴⁸ Entrevista oral: «Agustín Mingo Villanueva».

⁴⁹ DELGADO VIÑAS, Carmen: *Clase obrera, burguesía... op. cit.*, p. 23.

las condiciones de las viviendas son precarias, su alquiler, caro y la situación higiénica, mala⁵⁰.

Las condiciones sanitarias son ínfimas, no sólo entre los obreros, sino entre los propios fabricantes. En 1855, al igual que en el resto de España⁵¹, se registró una epidemia de cólera morbo de gran mortandad en todas las clases sociales pradoluenguinas. En apenas tres meses de otoño se protocolizaron cerca de cincuenta testamentos de matrimonios⁵². Todas las epidemias de las últimas décadas del siglo XIX, fueron estudiadas por los médicos que ejercían su labor en Pradoluengo. Los galenos achacaban sus causas a la falta de condiciones higiénicas generales. Destacaban, entre otras, la debilidad congénita, meningitis, pulmonías, tuberculosis, fiebres tifoideas, sarampión, viruela y afecciones reumáticas⁵³.

Esta y otras situaciones de olvido sanitario influyeron en la creación de la Junta Municipal de Sanidad. Su época de mayor actividad fueron las dos últimas décadas del siglo XIX. Mediante sus actas se conocen los principales padecimientos y las actividades de control sanitario que se desarrollaban. A principios de año la Junta inspeccionaba el vino que se consumía en las tabernas⁵⁴. El vino era objeto de un consumo en cantidades que pueden parecer escandalosas hoy en día⁵⁵. La Junta actuaba en todo momento con una meticulosidad sorprendente, sin embargo, la falta de recursos alimenticios aligeraba los requisitos exigidos por los facultativos.⁵⁶

⁵⁰ AMP: *Libro de acuerdos (1837-1860)*. Sign. 170, s/f. 1851. El Río de Pradoluengo, además de ser uno de los motores de su industria, sufría los vertidos de tintes, batanes e hilaturas y era el depósito de suciedad y basuras de todo tipo. El Ayuntamiento era consciente de ello y pretendió su cubrición en varios tramos, ya que «por causa del indicado cauce los vasureros y cieno son consiguientes a sus inmediaciones resultando de esto un grave perjuicio a los moradores de esta población porque unido este con otros sitios pestíferos del pueblo hacen desarrollar en él enfermedades graves de la que tenemos ejemplos». Este problema higiénico, planteado a mediados del siglo XIX tardará en solucionarse más de un siglo.

⁵¹ SERRALLONGA I URQUIDI, Joan: «Epidemias e historia social: Apuntes sobre el cólera en España, 1833-1865», *Historia Social*, 24 (1996), pp. 7-21. El terror que traían consigo las epidemias se extendía entre todas las clases sociales y mostraba las carencias y miserias del sistema.

⁵² AHPB: *Protocolos Notariales*. Sign. 3.653/1. Sin día ni mes, 1855.

⁵³ MARTÍN GARCÍA, Juan José: *La Rioja Burgalesa en los albores del siglo XX. La comarca Demanda-Oca-Tirón según la «Geografía Médica del partido de Belorado» del año 1904*, Burgos, Ayuntamientos de Belorado y Pradoluengo, 2002, pp. 170-174.

⁵⁴ AMP: *Libro de actas y sesiones de la Junta Municipal de Sanidad (1881-1885)*. Sign. 858. 25-I-1881. En una prueba practicada en 1881, se llegaba a la conclusión de que el vino no podía ser consumido por no ser potable, añadiendo «que según su leal saber y entender además lo juzgaban perjudicial a la salud pública por hallarse alterado en sus elementos esenciales constitutivos».

⁵⁵ MARTÍN GARCÍA, Juan José: *La Rioja Burgalesa... op. cit.*, pp. 154-155. El término medio de consumo anual de vino al año es de 30.000 cántaras, que divididas por los 1.255 varones que residen en 1904 en Pradoluengo, dan una media de 382 litros por varón y año. Teniendo en cuenta que los niños no lo consumían —a no ser acompañado de pan—, y en teoría las mujeres tampoco, la cantidad sería mayor.

⁵⁶ AMP: *Libro de actas y sesiones de la Junta Municipal de Sanidad (1887)*. Sign. 859, folio suelto. 6-XI-1887. Como ejemplo, a pesar de haber detectado en un cerdo destinado a la venta pública un padecimiento de grandes tumores, los veterinarios aducen que sólo tiene el *cisticercos cellulozo*, con lo que el problema

Las medidas de higiene y seguridad en el trabajo se empezaron a desarrollar en la Europa industrializada desde mediados del siglo XIX, pero no tomaron cuerpo de ley en España hasta 1900. Sus resultados fueron escasos e ineficientes, ya que el incumplimiento de las normas era manifiesto y reiterado, al menos hasta los años 20. La maquinaria y la utilización de sustancias perjudiciales para la salud de los obreros, trajeron consigo un aumento de los accidentes de trabajo y la aparición de nuevas enfermedades. En la búsqueda de posibles culpables de estos accidentes, se dirigió la mirada hacia los propios obreros, cuya conducta era poco menos que delictiva. Así lo entendía uno de los médicos de Pradoluengo en 1905, cuando achacaba a los descuidos de los obreros muchos de los accidentes que solían ocurrir:

Las fábricas de hilados han dado siempre lugar a accidentes graves, debidos ya a imprudencias de confianza por parte de los operarios que a lo mejor se dejan llevar las ropas y tras estas las carnes y persona por algún correón o engranaje, ya debido a escapes imprevistos de alguna pieza del aparato denominado diablo, el cual determina siempre lesiones irreparables. Se compone el diablo de un sin número de puntas de clavo de acero en vertiginoso movimiento para ahuecar la lana, y cuando tal aparato sufre algún escape se clava en las carnes y huesos de los operarios, determinando generalmente lesiones muy graves, en muchos casos mortales de necesidad⁵⁷.

En España, a pesar de que se legisló para la prevención de accidentes y enfermedades, las indemnizaciones eran pequeñas o nulas. Paulatinamente se obligará al patrón a prestar asistencia médica y farmacéutica, al pago de tres cuartas partes del jornal, a la indemnización por muerte, etc., imponiéndose los seguros obligatorios. En Pradoluengo los locales inadecuados y la masificación de los obreros, causada por la escasa inversión en infraestructuras eficaces, son las principales causas de los accidentes. Las fábricas se instalaron en locales antiguos e inapropiados, aunque la legislación predisponía que las de nueva construcción dispusiesen de la amplitud y ventilación suficientes⁵⁸. La higiene, prácticamente desconocida,

desaparecería si se sometía su carne a una cocción de ochenta grados, «y que siendo superior la que sufre cuando se prepara por la ebullición para los usos culinarios no hay motivo suficiente para destruir la carne, y solamente tomar la precaución de no comerla cruda».

⁵⁷ MARTÍN GARCÍA, Juan José: *La Rioja Burgalesa... op. cit.*, p. 165. El médico acaba su reflexión asegurando que los dueños de estas hilaturas, comprendiendo la obligación de poner remedio a estos accidentes, colocaban la maquinaria con una sujeción que impedía accidentes.

⁵⁸ MONLAU, Pere Felip y SALARICH, Joaquim: *Condiciones de vida y trabajo obrero en España a mediados del siglo XIX*, Barcelona, Anthropos, 1984 (reed.), p. 67. En la hilatura pradoluenguesa de La Rueda los fabricantes realizaron las mejoras necesarias para contar con una mejor iluminación y capacidad de aire. Sin embargo, los empresarios no siempre tenían esta sensibilidad. Aunque se llevasen a cabo las medidas ideales propuestas por los higienistas, relativas al traslado de las industrias desde las ciudades hasta el campo, la mayoría de las fábricas adolecían de ventilación y luz bastantes, así como las viviendas.

se intentó inculcar al obrero con discursos cargados de paternalismo⁵⁹. Dos obras de mediados del siglo XIX ofrecieron noticias de primera mano sobre la higiene de los centros industriales: «Higiene industrial» e «Higiene del tejedor» de los médicos catalanes Pere Felip Monlau y Joaquim Salarich. Los galenos mostraron los problemas de los obreros textiles catalanes, concomitantes con los sufridos en la localidad burgalesa⁶⁰. Una de sus preocupaciones era la existencia suficiente de aire. La ventilación era esencial ya que,

las cardas, los bastidores y demás aparatos, levantan un polvillo finísimo y sutil; y es que los aceites rancios, calentados por el frote que están destinados a suavizar, despiden ácidos grasos debidos al enranciamiento; y es que los productos de la traspiración y de la respiración de los operarios condensan la atmósfera del taller⁶¹.

Idénticas deficiencias sufren los obreros pradoluenguinos en otras operaciones realizadas con la lana. Dentro de los batanes y en una de sus secciones,

la percha les obliga (a los obreros) a permanecer a pie quieto, recibiendo en sus pulmones una fina pelusilla que continua y abundantemente está produciéndose de los objetos de lana batanada. Así que estos individuos son en su mayoría reumáticos o catarrosos⁶².

Estas duras condiciones de trabajo han sido confirmadas por las fuentes orales. Los distintos puestos de trabajo mostraban sus carencias, pero el de batanero era un trabajo sufrido, ya que implicaba grandes peligros para la salud⁶³.

Volviendo a la Cataluña de mediados del XIX, antes de la llegada de la industrialización, la agricultura y la industria se daban la mano para la creación de riqueza,

⁵⁹ MARTÍN GARCÍA, Juan José: *La Rioja Burgalesa... op. cit.*, p. 171. Las condiciones eran pésimas incluso en Cataluña, la zona más adelantada de todas las industrializadas de España. Las corrientes en otras más atrasadas como Pradoluengo, se pueden calificar de insalubres si utilizamos un término suave. Una descripción de cómo daban de comer algunas obreras a sus hijos a principios del siglo XX nos lo aclara: «A los niños de pecho acostumbran las madres que tienen poca leche a darles luego de nacer una papilla compuesta de pan, agua, aceite y azúcar o sal; les llenan bien el estómago con esta sopa, que generalmente la madre o nodriza introduce primero en su boca, y después de mezclarla con su misma saliva, se la da a la inocente criatura, que si tuviere conocimiento serviríale de vomitivo o no la tomaría: no deben darse cuenta las madres de que con estas prácticas exponen a sus hijos al contagio de enfermedades, que ellas, las niñeras o las nodrizas pueden padecer y recíprocamente (hace como un año se observó en una criatura un contagio sifilítico por efecto de esta mala costumbre, y de cuya infección falleció después de crueles sufrimientos)».

⁶⁰ MONLAU, Pere Felip y SALARICH, Joaquim: *Condiciones de vida... op. cit.*, p. 13. En el estudio preliminar de esta obra, Antoni Jutglar asegura que si las condiciones de higiene, sanidad, vida y trabajo de las clases obreras catalanas eran míseras, siendo como eran las más privilegiadas de España, las condiciones en el resto de regiones más atrasadas como las del interior serían incalificables.

⁶¹ *Ibidem*, pp. 50-51.

⁶² MARTÍN GARCÍA, Juan José: *La Rioja Burgalesa... op. cit.*, p. 165.

⁶³ Entrevistas orales: «Antonio Sáez Delgado».

siempre según la visión idílica de los médicos higienistas. Para Salarich, los fabricantes de la industrialización debieran al menos hacer entrar en sus fabricas,

una porción de aire nuevo, alejando de sus talleres y obradores los miasmas o causas que pueden inficionar la atmósfera, perjudicar la salud de sus operarios y contribuir a la ruina de sus propios intereses, porque un obrero que, bajo las mismas condiciones de alimentación y robustez, respira un aire mejor, podrá soportar más fatiga, redundando precisamente en provecho de su amo, quien sacará de él más jornal⁶⁴.

El aire caliente y húmedo predominante en las fábricas de hilados y tejidos, era pernicioso para la salud. En los albores del siglo xx, en los batanes de Pradoluengo se mantenía este problema:

sus operarios gozan poca salud, porque a toda hora del día y noche tienen que estar en contacto con la humedad, y en las noches del invierno separando el hielo del aparato para que funcione [...]. Para descansar se acuestan sobre una de las piezas de bayeta en jerga, y a lo mejor del sueño dejan este, aún cuando esté helando, para sacar las bayetas de la pila cargadas de agua fría. En tanto no se modifiquen los artefactos y edificios, poco puede hacer el higienista en beneficio de esta clase de obreros⁶⁵.

Por lo que se refiere a los talleres u obradores donde se tejían las bayetas, las condiciones no mejoraban en exceso:

muchos están instalados en habitaciones oscuras, donde no deben permanecer todo un día seres que necesitan luz solar como factor esencial de vida: ya que tengan que permanecer en taller cerrado no se les escatime los dos elementos indispensables para la oxigenación de su sangre; aire y luz: que sin ellos vivirán descoloridos, anémicos, se empobrecerá su naturaleza y adquirirán propensión a enfermedades, cuyo origen es toda causa debilitante, y en especial la tuberculosis⁶⁶.

El glosario de recomendaciones médicas no fue puesto en práctica por los patronos. Muchos talleres no variaron su morfología hasta los años 70 del siglo xx⁶⁷.

Por otro lado, los accidentes eran moneda corriente. Además de los continuos incendios, muchas máquinas eran realmente peligrosas. En 1897 fue arrollado y muerto en la hilatura de Las Viñas el operario Lucio de Míguel por una máquina⁶⁸. También eran comunes los accidentes derivados de las nuevas instalaciones

⁶⁴ MONLAU, Pere Felip y SALARICH, Joaquim: *Condiciones de vida... op. cit.*, pp. 159-160.

⁶⁵ MARTÍN GARCÍA, Juan José: *La Rioja Burgalesa... op. cit.*, pp. 165-166.

⁶⁶ *Ibidem*. Las condiciones expresadas vienen dadas por la tecnología obsoleta que mantienen estos establecimientos en los primeros compases del siglo xx. A pesar de todo, la situación no cambió durante los decenios posteriores, alcanzando las carencias extremas más allá de mediados del siglo xx.

⁶⁷ Tan sólo algunas empresas de empaque como Marcor, Texves, Hnos. Pascual o Irba en los años 60, y la ejecución del Polígono Industrial desde los años 90 del siglo xx, varió substancialmente las anteriores condiciones de trabajo de los obradores y fábricas pradoluengüinos.

⁶⁸ AMP: *Diario de Burgos* (21-VI-1897).

eléctricas, que se fueron expandiendo en la época de entre siglos, los producidos por las monturas en el transporte de las bayetas hasta las ramblas, las caídas en los engranajes de batanes e hilaturas, los incendios habituales, etcétera⁶⁹.

Las medidas para mejorar las condiciones higiénicas surgieron antes de la administración pública que de las empresas. En 1899 el Ayuntamiento dictamina que desaparezcan las industrias borreras del casco urbano, ya que la lana que utilizaban era de colchones usados y estos podían contener agentes patógenos. Así mismo se aconsejaba el traslado del matadero aguas abajo del río, así como el depósito de basuras en un lugar adecuado⁷⁰.

También fueron lentos los avances por lo que se refiere a la higiene personal. Los higienistas catalanes estimularon la necesidad de bañarse, «para que la mugre no entre en el cuerpo por medio de baños tibios», accesibles a la escasa fortuna de los obreros⁷¹. En Pradoluengo, si bien fueron calando mejoras, todavía a inicios del siglo xx quedaban rastros de un pasado pleno de ignorancia⁷². Entre otras medidas paliativas que trajo consigo el proceso reformista de la Restauración se puede citar la construcción de un hospital-asilo por parte de una familia de la oligarquía local⁷³

⁶⁹ AMP: *Diario de Burgos* (8-III-1920) y (22-VIII-1930). En 1905 en el batán de las Cuatro Pilas de Villagalijo, muere un hijo del dueño del batán —*Diario de Burgos* (22-III-1905)—, y en 1920 en la fábrica del Agua Sal el joven de 14 años, Antonio San Román de Miguel, es arrollado por una centrífuga, fracturándole los dos muslos, aunque gracias al auxilio de dos compañeros no pierde la vida. Más grave es el sufrido en 1930 por Eugenio Echavarría, de 13 años, quien cayó a una máquina secadora de 1.500 revoluciones por minuto, muriendo a las doce horas.

⁷⁰ AMP: *Libro de actas y sesiones de la Junta Municipal de Sanidad (1897-1899)*. Sign. 863, s/f. 25-VIII-1899. También se procedería a la limpieza de los cauces y a la prohibición de la mendicidad de centenares de personas de Pradoluengo y otros lugares de la comarca, que pasaban varios días implorando la caridad de los empresarios y burgueses acomodados.

⁷¹ Con estas medidas de limpieza, los obreros, siempre según estos médicos, podrían acercarse a cualquier persona honrada, «quien les escuchará y aliviará en sus infortunios».

⁷² MARTÍN GARCÍA, Juan José: *La Rioja Burgalesa... op. cit.*, p. 163, «El vecindario en general se va convenciendo cada vez más de lo útiles y saludables que son las prácticas higiénicas en lo que se refiere a la limpieza y uso de bebidas. Quedan algunos ejemplares de los que, dicen, no prueban el agua más que en los meses de verano; afortunadamente son raros los que tienen como única bebida el vino. Quedan también ejemplares de aquellos que sólo se lavan cuando el barbero les afeita: de estos cada día hay menos, únicamente entre los labradores se observa tanto atraso. La clase de fabricantes se cuida más del aseo de su persona y de la de sus hijos. Antes se consideraba como una transgresión grave el lavar y bañar los niños: hoy es práctica muy generalizada, y las madres en vista de los buenos resultados, que para la salud y robustez de sus hijos representan las prácticas balneológicas, lo hacen ellas espontáneamente y sin acudir al consejo médico. Pero también en esta parte hay sus raras excepciones, y se conocen algunas madres que para limpiar la parte póstuma de su niño arrojan un poco de saliva en la punta del pañal, y con ella proceden a la limpieza. Esta práctica repugnante podrá parecer a algunos inverosímil, pero es muy cierto que esas mujeres que la llevan a efecto no admiten enmienda, por estar convencidas a su manera de que el agua *intus et extra* es un enemigo poderoso de la salud».

⁷³ CARASA SOTO, Pedro: «La pobreza y la asistencia social en la Historiografía contemporánea», *Hispania*, 176 (1990). El Hospital de San Dionisio fue una donación de la familia Zaldo, indianos enriquecidos que ocuparon cargos políticos y económicos de importancia a nivel nacional durante la Restauración.

que, como asistencia «caritativa», no tuvo una oposición por parte de una clase obrera poco «concienciada»⁷⁴.

Por su parte, las viviendas eran pequeñas, insalubres y caras por su escasez, ocupando los obreros las casas más viejas y con mayores divisiones internas:

tienen defectos capitales que las hacen inhabitables, higiénicamente hablando; carecen de luz y cubicación; sus dormitorios no tienen más hueco que la entrada, y forma de nicho o sepulcro, donde solo cabe la cama; las ventanas son pequeñas, existiendo únicamente en la fachada anterior, pues en la posterior hay ventanillos por los cuales casi si cabe a pasar la cabeza; los techos bajos⁷⁵.

Los fabricantes buscaron culpables de la precariedad de la vivienda donde no los había y se mostraron ajenos a la verdadera razón, la especulación de los propietarios, que en un gran porcentaje se correspondían consigo mismos. La protagonista de una zarzuela local interpretada en 1922, achacaba el problema a la llegada de forasteros:

¡y que no se encuentran casas / ni malas para habitar! / consistiendo hay mucha gente / y corre tanto el metal... / que por un desván cualquiera / es una barbaridad⁷⁶.

Discordando con las viviendas obreras, aparecen las de los patronos y la elite pradoluenguina, erigidas de nueva planta en el periodo de entre siglos y cuya zona se empezó a denominar popularmente como *Acera de los ricos*. Verdaderos palacetes en ocasiones, son descritos así por los médicos higienistas:

Formando contraste con esas habitaciones —las de los obreros— existen otras que reúnen cuantas condiciones son apetecibles para hacer agradable la vida. Algunas están libres por los cuatro vientos, tienen la cubicación y luz necesaria y dependencias independientes para todos los actos de la vida: las hay rodeadas de jardín, y en una calle entera, la mejor y principal, única en el pueblo, llamada del Arzobispo, al edificar, no sólo se han cuidado sus dueños del terreno necesario para edificar, sino que han comprado las casas inmediatas a fin de que procediendo a su derribo no estrechen el horizonte y permitan rodearlas de jardín⁷⁷.

Al mismo sólo se podían acoger los pobres «de solemnidad» y enfermos terminales.

⁷⁴ MOLERO MESA, Jorge: «Dinero para la cruz de la vida: Tuberculosis, beneficencia y clase obrera en el Madrid de la Restauración», *Historia Social*, 39 (2001), pp. 31-48. En Madrid, sectores de la clase obrera criticaron duramente estos paños calientes, abogando por un cambio de las condiciones de vida.

⁷⁵ MARTÍN GARCÍA, Juan José: *La Rioja Burgalesa... op. cit.*, p. 157. «En ellas vive demasiada gente, por cuya circunstancia, las anteriormente apuntadas y destinar el piso bajo a depósito de basuras y excreta, resultan insalubres, y a propósito para el desarrollo y propagación de toda clase de infecciones. Es insoponible para el olfato no acostumbrado penetrar en tales viviendas en días correspondientes a los que hacen lo que sus moradores llaman remover la basura, o sea voltear la porquería para facilitar la fermentación y descomposición pútrida de tan diversos residuos».

⁷⁶ Libreto de la zarzuela: *Las boineras en la Fiesta de Santa Bárbara*, 1922.

⁷⁷ MARTÍN GARCÍA, Juan José: *La Rioja Burgalesa... op. cit.*, p. 157. «Suelen algunas de estas tener alcantarillado que vierte al río la excreta, y las cocinas dobles (para ahumado de carnes con hogares a la antigua, utilizables en invierno, y económicas en verano) independientes; pero inmediatas, amplias, de

En cuanto a la alimentación —la primera preocupación de las familias obreras—, los índices confeccionados a partir de precios de venta al por mayor están seriamente sesgados en favor de las conclusiones *optimistas*. Teniendo en cuenta que los obreros compraban en pequeñas cantidades y que dependían del crédito, pagaban alrededor de una tercera parte más por su comida que aquellos que podían comprar al por mayor⁷⁸. La dieta de los obreros catalanes a mediados del siglo XIX, consistía en una mezcla de productos vegetales, ya que la carne se escapaba a las economías proletarias⁷⁹. Los médicos y las organizaciones obreras⁸⁰ abogaban por disminuir la ingesta de bebida, sobre todo aguardientes, una costumbre muy popular. En Pradoluengo los higienistas también tratan de la alimentación, tanto la de los jornaleros como la del resto de vecinos, señalando sus deficiencias, aunque había mejorado respecto al siglo XIX:

La alimentación de que suelen hacer uso en esta villa ha variado mucho con relación a una docena de años: entonces en muchas familias no se conocían otros alimentos que las carnes crudas, legumbres, hortalizas y patatas: hoy en los alimentos animales predomina la carne fresca, y se hace mucho uso de la leche, huevos y pescados frescos. Únicamente la clase jornalera es la que hace uso casi exclusivo, durante los ocho meses aproximadamente que duran las carnes de la matanza, de un potage compuesto de tocino, patata y legumbre, tomando por la mañana y por la noche únicamente sopas, teniendo la costumbre de hacer una cuarta comida, que llaman merienda, y que consiste casi siempre en un pedazo de pan, un trozo de bacalao seco (el que puede) o una hortaliza cruda, como pimiento, lechuga o cebolla. Esta es la alimentación de la clase trabajadora, la cual suele comer carne fresca el día que cobra o en alguna fiesta, y en muy poca cantidad⁸¹.

Hacía muchos años que en la dieta de los pradoluenginos ya no primaban las carnes, cuyo acceso fue más factible en la Época Moderna. No obstante, la existencia de un cerdo para engorde era habitual en aquellas familias que disponían de un pequeño bajo —no todos lo tenían por la mencionada carestía de la vivienda—, o algún terreno pequeño para el cultivo, preferentemente de patatas.

buena luz y revestidas sus paredes con ladrillo azulejo».

⁷⁸ RULE, John: *Clase obrera e...* *op. cit.*, pp. 98-101.

⁷⁹ «Del reino animal apenas conocen más substancias alimenticias que el bacalao, el escabeche y el tocino».

⁸⁰ CAMPOS MARÍN, Ricardo: «El obrero abstemio. Salud, moral y política en el discurso antialcohólico del socialismo español a principios de siglo», *Historia Social*, 31 (1998), pp. 27-43. La lucha antialcohólica del PSOE quiso apartar a los obreros de las tabernas al calificar al alcohol como arma del capitalismo.

⁸¹ MARTÍN GARCÍA, Juan José: *La Rioja Burgalesa...* *op. cit.*, pp. 164 y 168. «El vino tampoco lo tienen en gran abundancia; únicamente algún domingo suelen excederse algo, pero sin llegar a privarse. Hay en estos días la buena costumbre implantada hace muy poco de cerrar las tabernas a las cinco de la tarde, evitando con esta medida los excesos que pudieran cometerse. Bebidas destiladas alcohólicas apenas se consumen por la clase trabajadora, y la copa de aguardiente por la mañana, aunque algo generalizada entre ellos, no lo es tanto como en otros tiempos».

Por otro lado, el vestido, relegado a una de las últimas posiciones en las prioridades de las exiguas economías obreras, también ejemplifica las enormes diferencias sociales. Un «consejo» que proponía Salarich para que el obrero llevase una vida «ordenada», era el vestir austero. Nunca se debiera consentir a las obreras seguir las modas y cambiar de vestidos, ya que gastaban en ello el poco dinero del que disponían. Cada clase debía ir vestida según su lugar dentro de la jerarquía social. Los obreros podían ir arreglados pero sin que nada denotase en ellos el lujo y la coquetería,

la decencia y la limpieza deben ser sus adornos, los que llamarán a su favor el aprecio y simpatías de sus amos y de la gente honrada; al paso que el descuido y el despilfarro les acarrearán su aversión, porque denotan un carácter poco amigo del trabajo, el orden y las economías⁸².

Hasta bien entrado el siglo xx persistió esta mentalidad paternalista⁸³. Incluso fue capaz de introducirse en el propio ámbito de la clase obrera. En la zarzuela de las boineras, una madre habla de lo lindas y compuestas que van un grupo de ellas el día de su fiesta. Sin embargo, con posterioridad se queja de lo que cuesta soportar tanto lujo y tanto «vuelo», por querer aparentar que sus familias se hallan en una situación «regular». La madre continúa con sus quejas diciendo que no hay otro remedio que acostumbrarse a estos gastos desmedidos para su clase, compadeciéndose de algunas amigas de su hija:

Pero en cambio a otras yo veo / que sin tener cuatro perras, / se ponen tan elegantes... / y son tanto pintureras... / que parecen las condesas / de Liniers y de Morteras⁸⁴.

Continúa asegurando que las boineras ganan buen jornal, casi el doble que las peladoras, pero siempre y cuando aguantasen la jornada diaria, cercana a las catorce horas. Acaba pronosticando que esos vicios en la compra de delantales, matinés, pañuelos, etcétera, acabarían en alguna mala consecuencia y suspira por la dificultad de casar a estas chicas, ya que los mozos pradoluenguinos, o bien han emigrado a Buenos Aires⁸⁵, o se los ha tragado la Guerra de Marruecos⁸⁶.

⁸² MONLAU, Pere Felip y SALARICH, Joaquim: *Condiciones de vida... op. cit.*, p. 172. Siempre según estos médicos se debieran abrir «algunas calles de árboles, en fin, donde las mujeres y las hijas del artesano, que no tienen ni galas ni joyas que lucir en los paseos ordinarios de las clases acomodadas, puedan distraerse un rato», *Ibidem*, p. 97.

⁸³ SIERRA ÁLVAREZ, José: *El obrero soñado. Ensayo sobre el paternalismo industrial (Asturias, 1860-1917)*, Madrid, Siglo XXI, 1990.

⁸⁴ Libreto de la zarzuela: *Las boineras en... op. cit.*

⁸⁵ BLANCO RODRÍGUEZ, Juan Andrés: «Emigración y asociacionismo castellano y leonés en América», *Alcores*, 1 (2006), pp. 169-206. Al igual que en el resto de Castilla y León la emigración a América constituyó una válvula de escape a la crítica situación económica de entresiglos.

⁸⁶ SALES DE BOHIGAS, Nuria: *Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintos*, Barcelona, Ariel, 1974. El texto de la zarzuela continuaba así: «Lo que sí siento yo mucho / y sin poderlo negar, / es que a los pobres soldados / les obliguen a embarcar / allá a tierras de Marruecos, / donde suelen encontrar / su muerte, el

Las censuras a estas prácticas se acentúan principalmente cuando las mujeres son jóvenes, una breve época —si es que tenían un trabajo independiente—, en la que las circunstancias permitían cierto lucimiento antes de que el matrimonio les impusiese sobriedad en este y otros gastos. Paradójicamente, los obreros textiles se vestían con las peores prendas del mercado.

Pervivirán durante toda la época continuos intentos de «moralizar» a la clase obrera por parte de la burguesía. La moral burguesa aseguraba que la mayoría de los obreros sólo trabajaban lo estrictamente necesario para vivir, malgastando en la ociosidad un tiempo precioso que, «aprovechado», les serviría para formar un capital con el que pudiesen dar formación a sus hijos y disponer de ahorros con los que afrontar la vejez⁸⁷. En pocas ocasiones se volvía la tortilla, saliendo a flote su espíritu reformista⁸⁸.

En el caso burgalés también existen estos intentos moralizantes. Para los médicos higienistas, Dios enaltecía el trabajo y lo predicaba, con lo que nadie debiera «avergonzarse de ser operario». Incluso, se dirigen a los patronos para que pongan freno a ciertos usos que se acostumbraban a seguir dentro de las fábricas:

Otro defecto de estos talleres es la reunión de ambos sexos, pues por deber moral y en evitación de males mayores deben separarse los sexos: esto debían haberlo advertido hace tiempo los mismos fabricantes, pues sepan que cuando no están presentes, los operarios jóvenes entablan conversaciones que les distraen del trabajo y despiertan instintos (la lumbre junto a la estopa...) que debieran estar dormidos a ciertas edades y en todas condiciones debilitan al joven⁸⁹.

Los obreros que pasaban la tarde del único día festivo —si es que lo tenían—, bebiendo en la taberna, jugando a las cartas, o en *grandes comilonas*, no hacían un uso debido del descanso. Para los facultativos debían ser como aquellos otros obreros que paseaban en armonía,

siendo muy hermoso ver como las familias obreras, después de haber cumplido con lo que deben a Dios, en las tardes de los domingos, se dirigen al campo donde saltan, corren y se regocijan, dando recreo a los sentidos, solaz a los

paludismo, / que no pueden regresar / con sana salud, muy pocos, / siendo triste por demás».

⁸⁷ URÍA GONZÁLEZ, Jorge: «Cultura popular tradicional y disciplinas de trabajo industrial: Asturias 1880-1914», *Historia Social*, 23 (1995), pp. 41-62. A pesar de que la industrialización provocó una mayor disciplina y sujeción de la mano de obra a ritmos de trabajo intensivo, el discurso patronal contra la *pereza* de los obreros y la celebración de sus fiestas y tradiciones populares se volvió moneda común.

⁸⁸ MONLAU, Pere Felip y SALARICH, Joaquim: *Condiciones de vida... op. cit.*, p. 238, «¿Que importa que nuestros hilos sean algo más bastos que los más finos de Inglaterra, que los colores de nuestras indianas no sean tan vivos y permanentes, si para conseguir estas ventajas necesita el fabricante enfermizar [sic] a una multitud de obreros? ¿Tiene acaso sobre ellos otro derecho que el que le da su posición y su dinero?». Sobre este tema, ENRECH MOLINA, Carles: «Jerarquía fabril y...», *op. cit.*, pp. 108-110.

⁸⁹ MARTÍN GARCÍA, Juan José: *La Rioja Burgalesa... op. cit.*, p. 166; SMITH, Angel: «Industria, oficio y...», *op. cit.*, p. 96. A principios del siglo XX no se permitía a las mujeres hablar en el trabajo.

miembros y nuevo vigor a la naturaleza, para emprender otra vez el lunes sus faenas, que durarán hasta el próximo domingo⁹⁰.

El trabajo femenino e infantil

En las sociedades campesinas tradicionales, cada sexo cumplía claramente papeles determinados organizados de forma jerárquica. En resumen, el marido mandaba y la mujer obedecía. No obstante, el trabajo preindustrial —que en las zonas rurales introdujo en casa nuevamente al marido—, supuso que el organigrama económico de núcleos con fábricas textiles, se diferenciase en esta cuestión de las sociedades propiamente agrícolas⁹¹. Las ganancias y el trabajo de las mujeres en estas zonas, suponía una mayor implicación de los dos sexos en las labores domésticas y, por ende, un mayor respeto por parte del marido a la mujer⁹². Estas circunstancias teóricas, variaban según los casos. En el Pradoluengo del siglo XVIII existen varias mujeres al frente de las empresas familiares. No son únicamente pobres viudas de cardadores, sino grandes fabricantas que dirigen por sí mismas, no sólo el proceso de fabricación, sino el Gobierno y decisiones de toda la industria familiar⁹³. Sin embargo, no conocemos suficientemente el papel de la mujer en las esferas pública y privada o su situación sociolaboral en el siglo XIX. Cabe esperar que incluso empeoró con respecto al Setecientos. Es difícil encontrar estadísticas para el siglo XIX que constaten la obviedad del trabajo femenino e infantil⁹⁴. En 1836 se asegura en una *Noticia de consumos* de los telares y talleres pradoluengunos que, del total de 980 operarios contabilizados, «van comprendidos no solo los hombres que se ocupan, sino también las mujeres y niños de ambos sexos que serán la mitad del total señalado⁹⁵».

⁹⁰ MONLAU, Pere Felip y SALARICH, Joaquim: *Condiciones de vida... op. cit.*, p. 186, «Jamás podremos considerar como higiénicos algunos bailes modernos que sólo sirven para encender y avivar las pasiones. ¿Qué joven no se arrebatara con el vals? ¿a quién no conmueven la polka, el chotis y tantos otros que embriagan a nuestra juventud ávida de placeres y de sensaciones corrosivas?». Dentro de esta actitud paternalista, está la conclusión final del doctor Monlau, para quien el obrero es pobre, por lo que hay que socorrerle, es ignorante, por lo que hay que instruirle, y tiene instintos aviesos, por lo que hay que moralizarle. Para él lo natural es la tendencia a obrar erróneamente por parte de los obreros.

⁹¹ Para Béjar, ROS MASSANA, Rosa: *La industria textil... op. cit.*; para Astudillo y Tierra de Campos, HERNÁNDEZ GARCÍA, Ricardo: *La industria textil rural... op. cit.*; para las sierras riojanas, MORENO FERNÁNDEZ, José Ramón: *La economía de montaña en La Rioja a mediados del siglo XVIII*, Tesis doctoral, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1999.

⁹² GULLICKSON, Gay L.: «Amor y poder en la familia protoindustrial», en M. Berg (ed.), *Mercados y manufacturas en Europa*, Barcelona, Crítica, 1995, pp. 185-186.

⁹³ El caso de Gaspara Escudero y otras fabricantas del siglo XVIII que aparecen en el Catastro de Ensenada son ejemplos muy claros.

⁹⁴ PALOMEQUE LÓPEZ, Manuel Carlos: «La intervención normativa del Estado en la «cuestión social» en la España del siglo XIX», *Ayer*, 25 (1997), pp. 103-126. Las disposiciones y normativas legales, principalmente las del Estado, constituyeron en la práctica papel mojado en los pequeños centros fabriles.

⁹⁵ MARTÍN GARCÍA, Juan José: *Trabajo rural-Trabajo industrial: Belorado y Pradoluengo (1833-1936)*,

En otras fuentes es complicado rastrear a qué se dedicaban las mujeres y menos los niños. Sabemos que trabajan, pero es más difícil precisar dónde lo hacen o en qué labores específicas se ocupan, a no ser aquellas que son viudas. No podemos determinar hasta qué punto afectó la mecanización del primer tercio del siglo XIX, ya que la mano de obra preferente en las labores de cardado e hilado fueron mujeres y con la nueva maquinaria, su concurso se vio frenado, ya que además de que una hilatura mecánica podía dejar sin trabajo a más de veinte hilanderas, el Gobierno de estas máquinas se encomendó a hombres. No obstante, otros procesos que no se mecanizaron, caso del tundido, dieron pie a la entrada de la mano de obra barata de las mujeres.

Por lo común, el trabajo de las mujeres y los niños permanece oculto en las casas, aunque con la crisis de finales del siglo XIX van a ser las mujeres las protagonistas de la reconversión y, por tanto, las que ocupen la mayoría de los puestos de trabajo en los talleres de calcetines y boinas⁹⁶. Las contabilizaciones para 1933, aunque redondeadas, señalaban que de los 600 obreros existentes en Pradoluengo, 450 eran mujeres y tan sólo 150 hombres, es decir, la tercera parte que las mujeres. Evidentemente esta contabilización peca por exceso, pero no es menos cierto que las mujeres dominaban la elaboración de los nuevos artículos. Además, la mano de obra femenina resultaba enormemente atractiva para los fabricantes por su rentabilidad⁹⁷.

Era norma común que desde los 7 años, e incluso antes, los niños comenzasen a trabajar sistemáticamente. Dependiendo de cada caso, este trabajo podía ir desde la simple ayuda, a una jornada laboral completa entre los hijos de la clase obrera. Los mayordomos vigilaban a todos los obreros, pero en especial a los niños, a los que desde las instancias educativas y sanitarias se tenía por *irreflexivos*. Los hijos de los obreros tenían que trabajar, lo que enfrentaba a sus padres con el dilema de cómo criar dignamente a sus vástagos y, a la vez, explotarles económicamente para redondear los necesarios ingresos para la subsistencia del conjunto de la familia⁹⁸. Una de las medidas que propuso el doctor Monlau, fue la de dictar una ley sobre —y no contra—, el trabajo de los niños de ambos sexos en las fábricas textiles. La ley les debía proteger de un trabajo excesivo que se fijó, según los criterios de este

Burgos, Ayuntamientos de Belorado y Pradoluengo, 2000, p. 80.

⁹⁶ SMITH, Angel: «Industria, oficio y...», *op. cit.*, p. 89. Desde los años 1880 en la industria textil catalana comenzó una sustitución sistemática de hombres por mujeres incluso en los telares.

⁹⁷ CANDELA SOTO, Paloma: «El trabajo doblemente invisible: mujeres en la industria madrileña del primer tercio del siglo XIX», *Historia Social*, 45 (2003), pp. 139-160. La autora señala el peso de las mujeres en la industria madrileña de fabricación de bombillas, cerillas, etc. La mano de obra femenina era barata, flexible y muy disciplinada, y sufría destajos salvajes. En los talleres de boinas y calcetines pradaluengüinos la mano de obra femenina fue la mayoritaria, con características muy parecidas.

⁹⁸ RULE, John: *Clase obrera e...* *op. cit.*, p. 257.

higienista, en una jornada máxima de 6 horas para los niños entre 10 y 12 años, y de 10 horas para los situados entre los 12 y los 16⁹⁹. Sin embargo, un resumen del informe de Luis Aner sobre el trabajo infantil presentado en 1883 ante la Comisión de Reformas Sociales, indicaba que en los centros fabriles no sólo catalanes, sino en Alcoy, Antequera, Béjar y otros centros textiles, los niños trabajaban desde los seis años, entre doce y trece horas, ganando poco y siendo víctimas de maltratos¹⁰⁰.

En Pradoluengo los niños también trabajaban desde los siete años, sobre todo ayudando a rematar labores en el hogar. Pocos años después, ya podían ser destinados a los distintos establecimientos fabriles¹⁰¹. En 1907 tras una circular que se envía a la Junta de Reformas Sociales de Pradoluengo y tras su lectura, relativa al trabajo de mujeres y niños, la Junta declara por unanimidad, «que en esta población no existen industrias que puedan ser consideradas insalubres y peligrosas para los menores de diez y seis años¹⁰²».

El trabajo de mujeres y niños estaba condicionado por la necesidad económica de las familias¹⁰³, pero suponía una desigualdad que se traducían en desequilibrios sociales, ya que, además de la falta de escolarización de los niños, el trabajo de las mujeres va a ser una auténtica moneda de cambio en las épocas críticas. El caso de Pradoluengo es paradigmático cuando se produjo la reconversión desde las bayetas a los géneros de punto: fajas, boinas, calcetines y jerseys. La mano de obra femenina incluso copó el proceso del tejido, antes reservado en exclusiva a los hombres.

Y a pesar de todo... la llamada por respuesta

Crisis, trabajo a destajo, salarios míseros, vivienda y subsistencias caras, peor vestido, rigor extremo en el trabajo infantil y, sin embargo, la clase obrera pradoluenguina no fue capaz de organizarse por sí misma ni de plantar cara a su patrón.

Las huelgas, como fenómenos representativos de los profundos desequilibrios de la estructura socioeconómica capitalista, son quizás el instrumento de protesta

⁹⁹ MONLAU, Pere Felip y SALARICH, Joaquim: *Condiciones de vida... op. cit.*, p. 87.

¹⁰⁰ PÉREZ LEDESMA, Manuel: *El obrero consciente. Dirigentes, partidos y sindicatos en la II Internacional*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, p. 130.

¹⁰¹ BORRÁS LLOP, José María: «El trabajo infantil en la industria de Barcelona según el censo obrero de 1905», *Historia Social*, 33 (1999), pp. 25-48. El autor señala la permanencia de altas tasas de actividad infantil en la industria catalana con un declive más tardío que el operado en la industria británica. A pesar de no contar con las estadísticas de una ciudad como Barcelona, las fuentes orales confirman para Pradoluengo el duro trabajo infantil en hilaturas, batanes y obradores desde edades muy tempranas.

¹⁰² AMP: *Libro de actas y sesiones de la Junta de Reformas Sociales y Junta de Sanidad (1904-1912)*. Sign. 868, fol. 4. 6-VIII-1907. En ese mismo día los miembros de la Junta aseguran que seguirán la orden de registrar las huelgas que se convoquen. Sin embargo, en esta documentación no he encontrado ninguna referencia a las mismas.

¹⁰³ ENRECH MOLINA, Carles: «Jerarquía fabril y...», *op. cit.*, p. 105.

de los obreros más sobresaliente¹⁰⁴. No obstante, no debemos establecer una relación proporcional entre malas condiciones sociolaborales y protestas o huelgas. Sólo cuando la fuerza organizativa es suficiente y previsible la victoria por parte de los obreros, aumentarán el número de estas protestas. Siguiendo esta premisa, se comprende el pequeño número de huelgas registrado en Pradoluengo¹⁰⁵.

Para Hobsbawm y Rudé, las movilizaciones y huelgas se ven favorecidas si las poblaciones son medianas, con proporción de trabajadores asalariados superior a la media, la presencia importante de comerciantes y la existencia de buenas comunicaciones¹⁰⁶. En nuestro caso la población no es grande, los asalariados son en realidad jornaleros a destajo y, aunque hay cierta presencia de comerciantes, la localización geográfica no favorece su agrupamiento¹⁰⁷. La peculiar estructuración de la industria pradoluengüina, impide elaborar una caracterización propia por el escaso número de paros. La sujeción a la que se veían sometidos los obreros por parte de los fabricantes y su precariedad laboral, coadyuvó a una menor intensidad organizativa y, por tanto, de protesta¹⁰⁸.

La primera huelga de la que se tiene conocimiento se produjo en julio de 1873. Las referencias son muy escuetas, por lo que no se conoce exactamente la fecha. Tan sólo sabemos que el 14 de julio, acudió a la localidad el juez de la cercana Belorado con su escribano y alguacil, «a consecuencia de la huelga de los operarios de fábrica»¹⁰⁹. En 1881, el peligro de conflicto social vino dado por la crisis

¹⁰⁴ CRUZ, Rafael y PÉREZ LEDESMA, Manuel: (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997.

¹⁰⁵ ANDREASSI CIERI, Alejandro: «La conflictividad laboral en Cataluña a comienzos del siglo xx: sus causas», *Revista de Historia Social*, 29 (1997), p. 23. La capacidad simbólica de las huelgas, que son imagen de la rebelión contra las injusticias sociales y manifestación política de una clase social que no tenía en la práctica derechos políticos, tuvo una representatividad escasa en el caso que nos ocupa.

¹⁰⁶ GIL ANDRÉS, Carlos: *Echarse a la calle: amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2000, p. 417.

¹⁰⁷ Las huelgas se han asociado normalmente con reivindicaciones salariales, dejando de lado otros factores como ideas, sentimientos y emociones, que también sufrían y sufren los obreros en sus relaciones sociales conflictivas con los empresarios. Hubo muchas en las que las reivindicaciones se produjeron por la dignidad en el trabajo, en respuesta al abuso de autoridad de los mayordomos, o incluso para que se respetase la jornada de descanso dominical. Es en estos ámbitos, donde los obreros visualizan con claridad las relaciones de poder a las que se ven sometidos por parte de los patronos.

¹⁰⁸ *Ibidem*. El autor confirma una gran cantidad de protestas populares en La Rioja para el periodo comprendido entre 1890 y 1936. Sin embargo, no parece que de ellas se contagiase en exceso la vecina localidad de Pradoluengo, a pesar de existir motivos fundados entre su clase obrera.

¹⁰⁹ AMP: *Libro de acuerdos (1861-1874)*. Sign. 171, fol. 272. 20-VIII-1873. La referencia viene a cuento de una comida que el Ayuntamiento ofreció a estos funcionarios judiciales por sus gestiones y de los gastos ocasionados por su estancia. No es de extrañar esta protesta de los obreros pradoluengüinos en un año convulso como 1873 en el que estos fenómenos se repitieron en varios centros fabriles españoles; SMITH, Angel: «Industria, oficio y...», *op. cit.*, p. 90. El Sexenio Democrático entre 1868 y 1873 está plagado de conflictos sociales.

industrial que aminoró los ingresos municipales¹¹⁰. Ello revirtió en menoscabo de servicios sociales, como el de la gratuidad de la educación o los medicamentos para las familias pobres. Los recortes provocaron una situación de tensión en invierno, que fue captada por los concejales y que, al parecer, no tuvo mayores consecuencias¹¹¹. Ciertos gastos sociales sufragados por el Ayuntamiento, eran vitales para que las cuentas de las familias obreras cuadrasen y, cuando se recortaban, surgían tímidas protestas.

El descontento social no sólo se manifestó en forma de huelgas. En ocasiones, los obreros utilizaron otros conductos para poner de manifiesto su desacuerdo ante su situación de penuria, bien fuese mediante burlas hacia el clero, constatadas sobre todo en Carnaval, o hacia otro símbolo del poder, como era la Guardia Civil. Aún así, los conflictos y reyertas en Pradoluengo no son tan habituales como en el resto de la comarca¹¹². Durante estos años se producen enfrentamientos con cierta periodicidad, que alteran el orden público cuando uno de los dos bandos es apresado por los guardias. Lo mismo ocurría con los rateros que invadían huertas en busca de alimento. Tanto unos como otros, al ser detenidos, contaban con la protesta generalizada de los obreros ante la casa cuartel, lo que provocaba su puesta en libertad. En otras ocasiones, las diferencias se dirimían en el propio lugar de trabajo, donde los mayordomos funcionan como auténticos mantenedores de la disciplina¹¹³. Estos acontecimientos no suponen meras anécdotas sino que revelan por su violencia, la disconformidad larvada de la clase obrera frente a los símbolos del poder socioeconómico. Obreros protestando ante el cuartelillo, mayordomos enfrentándose a fabricantes, mascaradas que se burlaban de la autoridad eclesiástica, etc., suponían un clima de tensión que nada tiene que ver con el bálsamo de aceite que en teoría caracterizaba las relaciones entre fabricantes y obreros.

Los años que siguen a 1892, coincidieron con el incremento del precio del trigo, el aumento de la presión fiscal, además del odiado impuesto de consumos

¹¹⁰ El consistorio se encontraba endeudado por los pagos que debía realizar para costear el 25 por ciento de la carretera hasta Burgos.

¹¹¹ AMP: *Libro de actas y sesiones (1881-1895)*. Sign. 172, s/f. 10-XII-1881.

¹¹² AMP: *Diario de Burgos (22-IV-1891)*. Las diferencias entre obreros pueden dirimirse a navajazos, como en abril de 1891, cuando se produce una pelea nocturna en la noche del sábado anterior entre varios obreros, que termina con dos heridos por arma cortante y punzante. Por un lado, Antonio Alarcía con pronóstico grave y, por otro, Bonifacio Acha con pronóstico reservado. El autor fue detenido por la Guardia Civil.

¹¹³ AMP: *Juicios de faltas*. Sign. 2.877. 20-VII-1888. En 1888 el fabricante Andrés Izquierdo, denuncia al mayordomo del complejo de Zubiaga, Venancio Rubio, ya que en un momento de «acaloramiento» discutieron de tal forma que el segundo causó con una llave de hierro graves lesiones que tuvieron al primero tendido en la cama —y lo que era peor, sin trabajar, lo que equivalía a dejar de ganar el sustento, además de sufragar los gastos de médico y farmacéutico—, durante cuatro días. Al parecer, y según los testigos de la pelea, fue Andrés quien insultó al mayordomo «con palabras subversivas», por lo que este reaccionó de forma airada.

y el recurso de los Ayuntamientos a endeudarse con empréstitos¹¹⁴. El precio del pan, alimento básico de la clase obrera, se disparó. Todos ellos eran elementos propiciatorios para las algaradas. Sin embargo, no contamos con noticias de protestas o movilizaciones significativas en estas fechas. No fue hasta 1899 cuando se declararon en huelga unos 200 obreros que estaban construyendo el vecino ferrocarril minero de Pineda de la Sierra y donde los cabecillas de la protesta son obreros pradoluengunos¹¹⁵. El Diario de Burgos comunicaba que el gobernador civil había enviado a la zona fuerzas de la Guardia Civil para el mantenimiento del orden y la protección de los que quisiesen trabajar¹¹⁶. Este enfrentamiento fue un pálido reflejo de lo sucedido a nivel nacional. Los cuatrocientos peones que se pusieron en huelga de forma pacífica, pedían aumento de jornal y disminución de horas de trabajo, pero la firma inglesa promotora del ferrocarril no transigió en ningún momento¹¹⁷. La empresa creyó que con el despido de los instigadores se solucionaría la huelga, pero no fue así. Sólo la intervención de la fuerza pública enviada por el gobernador en apoyo de los capataces, acalló las protestas¹¹⁸. Estos conflictos ocasionados por jornaleros cuya eventualidad les hacía mendigar un trabajo tras otro, tienen rasgos novedosos junto a comportamientos tradicionales¹¹⁹. En este sentido, en abril de 1902 hubo un intento de alteración del orden público con motivo del entierro de un asilado del hospital pradoluenguno, supuestamente por diferencias entre el clero y la familia del difunto en cuanto al

¹¹⁴ FRÍAS CORREDOR, Carmen: «Conflictividad, protesta y formas de resistencia en el mundo rural: Huesca (1880-1914)», *Historia Social*, 37 (2000), pp. 97-118. En el caso oscense como en la mayor parte de España, las crisis de subsistencias, una mayor presión fiscal y la depresión finisecular decimonónica, conllevaron desajustes en las comunidades campesinas tradicionales que se tradujeron en protestas. Para el caso rural vizcaíno, DELGADO CENDAGORTAGALARZA, Ander: «Protesta popular y política (Bermeo, 1912-1932)», *Ayer*, 40 (2000), pp. 169-192.

¹¹⁵ Estos obreros se dedicaban a trabajar en obras públicas como dragado y arreglo de cauces, empedrado y limpieza de calles, etc., cuando escaseaba el trabajo en la industria textil.

¹¹⁶ AMP: *Diario de Burgos* (23-III-1899).

¹¹⁷ AMP: *Diario de Burgos* (23-III-1899). Los sucesos comenzaron con la negativa de cincuenta obreros naturales de Pradoluengo a seguir trabajando en el movimiento de tierras junto a la localidad de Arlanzón. Estos hombres recorrieron más de once kilómetros hasta un túnel en construcción, pidiendo por todo el trayecto que se les aumentasen los jornales y se disminuyesen las horas de trabajo. Entre otras circunstancias los motivos de disolución de la huelga vinieron motivados por la nevada que comenzó a caer. Así lo define el Diario de Burgos: «Como ayer amaneció nevando, y por este motivo no es costumbre trabajar fuera de techado, ni se notaba efervescencia, es posible que la huelga no tome incremento». Desde Belorado y Pradoluengo se enviaron 22 Guardias Civiles para controlar la situación.

¹¹⁸ DELGADO VIÑAS, Carmen: *Clase obrera, burguesía... op. cit.*, p. 350.

¹¹⁹ Una característica común era que las protestas no eran prolongadas. Los comportamientos se asemejaban más con la sociología de los pobres que con las asociaciones y sindicatos propios de otros contextos industriales del país.

trayecto que debía seguir la comitiva, aunque lo que se trasluce en el fondo es un conflicto obrero¹²⁰.

Las fuentes indirectas nos informan de las necesidades que atravesaban los obreros durante largas épocas del año. Era imposible cubrir comida, vestido y vivienda, por lo que debían recurrir a aprovechamientos más o menos legales de tierras comunales, a la emigración, a la caridad de los vecinos más adinerados o al trabajo en las obras públicas que el Ayuntamiento contrataba para paliar su situación¹²¹. En febrero de 1905 un concejal expresa que la crisis industrial es tan fuerte que provoca un auténtico estado de precariedad en la clase obrera. Para él sería necesario evitar la miseria a que quedarían reducidos los obreros por falta de trabajo, lo que «podría acarrear una cuestión grave de orden público». En previsión de incidentes, se acordó acudir al gobernador para que autorizase a las autoridades municipales a levantar un empréstito de 10.000 pesetas¹²². En parecidos términos a la imagen que se temía el concejal pradoluenguino, el escritor Julio Senador Gómez hacía un relato significativo de como eran las protestas de los pobres frente a cualquier Ayuntamiento de Castilla durante aquellos años, «Imaginad un día de diciembre, lóbrego y helado [...] ¡Queremos pan! ¡Que nos den trabajo! ¡Que haiga caridad! ¡Al Ayuntamiento!¹²³».

Por otro lado, no sabemos cuándo se celebró por primera vez la fiesta reivindicativa del Primero de Mayo¹²⁴ en Pradoluengo. Hay que tener en cuenta que en la contigua localidad textil de Ezcaray se hizo en 1908¹²⁵. No es de extrañar que aproximadamente por estas fechas también se comenzase a celebrar en Pradoluengo¹²⁶.

¹²⁰ AMP: *Diario de Burgos* (10-IV-1902). La intervención del Alcalde y la presencia disuasoria de la Guardia Civil, solventó incidentes de gravedad.

¹²¹ Sí que conocemos que los jornales ofrecidos por los Ayuntamientos eran menores en Pradoluengo que en Burgos. Para el último tercio del siglo XIX mientras en Burgos se cobran unos cuatro reales por jornal, en Pradoluengo este sólo es de dos reales, más una limosna que el pago de un jornal.

¹²² AMP: *Libro de actas y sesiones (1902-1906)*. Sign. 177, fol. 147. 9-II-1905. Las haciendas locales no disponían de impuestos y dinero suficientes para cumplir con los servicios y funciones que eran de su competencia. El sistema fiscal se basaba en los gravámenes de los productos, en los consumos, y no en la renta de las empresas o de las personas. Por ello, recurrían al aumento de estos gravámenes y de los arbitrios, con lo que la percepción de la clase obrera es de una gran presión fiscal.

¹²³ SENADOR GÓMEZ, Julio: *La Ciudad Castellana*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1989 (reed.), pp. 26-27. La crisis agrícola de finales del siglo XIX, el encarecimiento de los alimentos de primera necesidad, las denostadas quintas, etc., etc., son motivos más que suficientes para que existiese un caldo de cultivo de malestar social.

¹²⁴ RIVAS LARA, Lucía: *El Primero de Mayo en España y la movilización obrera*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1988.

¹²⁵ GIL ANDRÉS, Carlos: *Echase a la... op. cit.*, p. 66. El autor señala que cuando más se celebraba el Primero de Mayo era cuando existían conflictos socioeconómicos. A pesar de que esta época supuso una grave crisis de trabajo en Pradoluengo, esta fiesta reivindicativa tuvo escaso predicamento.

¹²⁶ No obstante, la preponderancia del Círculo Católico favorecerá la celebración de las fiestas por gremios, otro instrumento hábilmente utilizado para el adormecimiento de la conciencia de clase. Los ba-

Los años siguientes entre 1911 y 1920 fueron de una enorme inflación en España. A pesar de que los salarios nominales aumentaron por encima del coste de la vida, los salarios reales se paralizaron durante la década, provocando en muchos sectores obreros como el pradoluenguino situaciones de auténtica angustia. Por ello el periodo 1910-1915 se caracterizó por las movilizaciones¹²⁷.

El Diario de Burgos informa de una huelga de tejedores pradoluenguinos en octubre de 1913. Según el corresponsal duró varios días pero fue en todo momento pacífica, y para la fecha de la crónica, los tejedores habían reanudado su actividad. Eso sí, se remarcaba por el cronista la solidaridad y unión entre los obreros tejedores, «*mientras que los patronos no llegaban a entenderse*». El orden público se tambaleaba en aquellas fechas con varios robos, agresiones, enfrentamientos entre vecinos y el hurto de lana por parte de dos obreras poco tiempo después de la huelga¹²⁸. En 1915 el paro obrero fue tan acusado que el Ayuntamiento acordó, «en previsión del conflicto obrero que se avecina por falta de trabajo y para atender sus consecuencias», abrir una suscripción voluntaria entre los vecinos pudientes, para socorrer a los jornaleros y pobres que carecían de trabajo¹²⁹. Los robos en estos años aumentaron considerablemente por la necesidad en la que se hallaban muchas familias obreras¹³⁰. La crisis no se superó tampoco al año siguiente, cuando el Ayuntamiento sólo disponía de cuarenta pesetas para socorrer a «los pobres obreros», por lo que pidió ayuda directamente al Estado para aliviar en lo posible la falta de trabajo provocada por la crisis industrial.

En el contexto general español la huelga general de diciembre de 1916 fue la mayor movilización social habida hasta entonces. Tan sólo se pidió que bajase el

taneros celebraban su fiesta en San Juan, los hiladores el día de Sto. Domingo de la Calzada, las calcetineras en Santa Ana, las boineras en Santa Bárbara y los tejedores el día del Ángel de la Guarda.

¹²⁷ SOTO CARMONA, Álvaro: *El trabajo industrial en la España contemporánea (1874-1936)*, Barcelona, Anthropos, 1989, pp. 527-528.

¹²⁸ AMP: *Diario de Burgos* (28-X-1913). Mientras tanto, los representantes políticos pradoluenguinos, como el diputado maurista Florentino Martínez Mingo, tan sólo se preocupaban por volver a ocupar sus puestos en la administración provincial tras las inminentes elecciones.

¹²⁹ AMP: *Libro de actas y sesiones (1915)*. Sign. 187, fol. 11. 3-IV-1915. Suscripción que encabezó el Ayuntamiento con 1.000 pesetas. Se colocaron anuncios en la puerta de la Iglesia y en el tablón de edictos y los empleados municipales pasaron por los domicilios de los *pudientes* por si querían suscribirse al crédito. Posteriormente se procedió a crear una lista en la que se determinó qué obreros se encontraban *realmente* necesitados. La ayuda fue de una hogaza de tres kilos al día y quince céntimos de peseta, aunque sí en la familia había algún individuo que ganase para mantener a los demás, no se les prestaba ningún tipo de socorro. Aún así, se avisó al gobernador para que enviase lo más pronto posible auxilios de todo tipo para evitar las consecuencias del conflicto obrero que se aproximaba ineludiblemente, ya que la suscripción de los vecinos pudientes sólo consiguió recaudar 60 pesetas semanales, cantidad de todo punto insuficiente para la gran cantidad de obreros parados.

¹³⁰ AMP: *Diario de Burgos* (8-II-1915). En febrero de 1915 la Guardia Civil detuvo a los jóvenes Nicolás Alarcía y Melitón de Benito, por haber penetrado en las fábricas de hilados de La Nueva y La Rueda, llevándose nueve pesetas, un revólver, dos sartas de chorizos y cuarenta cigarrillos.

precio del pan. A partir de aquí, hay un cambio cualitativo en las movilizaciones. El desarrollo de las comunicaciones posibilitó que se extendiesen las protestas a nivel nacional con mayor rapidez que antes. El periodo 1918-1920, o «trienio bolchevique», comenzó con movilizaciones por la carestía del pan en toda España. Sin embargo, en Pradoluengo no hay noticia de ninguna protesta, bien por su inexistencia, bien por la poca propaganda que se daba a las reivindicaciones¹³¹. En Ezcaray sí que se organizó una huelga de todos los oficios el 22 de agosto de 1920¹³² y en otros núcleos textiles como Tarrassa, el periodo 1916-1920 mantuvo una conflictividad obrera de unas dimensiones desconocidas, con un total de 67 huelgas, algunas de ellas con caracteres violentos¹³³. La llegada de la Dictadura de Primo de Rivera calmó por completo el movimiento asociativo y los paros, al menos en Pradoluengo.

No es hasta inicios de enero de 1931 cuando tenemos conocimiento de una huelga promovida por el Sindicato Católico de Pradoluengo, que no llegó a cuajar gracias a la mediación del Alcalde y del Comandante de la Guardia Civil. La noticia sale a la luz en el Diario de Burgos por las acusaciones que vierte sobre el Alcalde el corresponsal del Diario ultraconservador *El Castellano*¹³⁴. En junio de ese mismo año estalla otro conflicto entre obreros y fabricantes que merced a la mediación del gobernador quedó satisfactoriamente resuelto. Según el corresponsal de *El Castellano*, así se debían resolver los problemas, «con diálogo, sin discutirlos en la vía pública», ya que podrían provocar incidentes como el que ocurrió el once de ese mismo mes, sofocado por los miembros de la Guardia Civil. A los treinta y dos días de iniciado el conflicto se reunieron el inspector de trabajo, doctor Giménez

¹³¹ La miseria y las malas condiciones de vida no son elementos suficientes para que exista un conflicto o enfrentamiento social. A pesar de las duras condiciones de trabajo, y de los salarios de miseria que recibían los obreros pradoluengunos, la conflictividad social generada no se correspondió con la gravedad de su situación. Los conflictos aumentaban cuando la clase obrera presentaba firmeza, recursos mínimos y no se dejaba acobardar o manipular por los poderes económico, político o religioso. Por otro lado, debemos tener en cuenta como elemento catalizador la idiosincrasia particular pradoluenguna.

¹³² GIL ANDRÉS, Carlos: *Echase a la... op. cit.*, p. 151.

¹³³ BENAUL BERENGUER, Josep M.: «Aproximació a la Història de la indústria de Terrassa. De la industrialització a l'economia de Guerra, 1870-1939», en VVAA, *Terrassa, cent anys a ritme de llançadora*, Terrassa, Museo Textil, 1993, p. 181.

¹³⁴ AMP: *Diario de Burgos* (sábado, 10-I-1931). En ellas se aseguraba que el regidor favoreció la huelga de los obreros. El aludido, tras negar la acusación, puso por testigo al comandante del cuartel de la Guardia Civil, presente en la conversación. El Alcalde afirmó que sus miras fueron las de hacer desistir a los obreros de la huelga por las circunstancias desfavorables del momento, intentando un acuerdo amistoso. Si no se llegase a él, entonces sí que admitiría la posibilidad de dar curso legal a la instancia de huelga. El Alcalde alabó la conducta de los obreros pradoluengunos, nada amigos de enfrentamientos con los patronos. También aseguró que en la inauguración de la Agrupación Republicana —que se había llevado a cabo hacía poco tiempo— advirtió de antemano a los ponentes de que sus palabras fuesen comedidas o en caso contrario suspendería el acto. Con ello hacía ver a la clase de fabricantes —a la que el mismo pertenecía—, que no se olvidaba cuál era su sitio. Durante los días siguientes perduró la polémica.

Heras, con patronos y obreros para establecer las bases sobre horas y salarios, «atemperándose unos y otros a las condiciones peculiares de estas industrias», con lo que llegaron a un acuerdo en las «productoras» de boinas y calcetines, mientras que hubo diferencias en cuanto a los tejedores de bayetas¹³⁵.

En los últimos días de 1931, los obreros hiladores pidieron un aumento de peseta y media en sus jornales, medida que fue rechazada por los fabricantes. La mediación del Alcalde topó con la intransigencia de estos últimos. Los obreros decidieron finalmente no acudir a la huelga. La excusa de los patronos para no aumentar los sueldos fue la de que en Ezcaray, —con las mismas peculiaridades que Pradoluengo en sus empresas—, un cardador ganaba cinco pesetas en las ocho horas y un hilador seis, cuando en Pradoluengo ganaban seis y siete respectivamente. También argumentaron que una obrera en Ezcaray cobraba por la confección de un par de calcetines diez céntimos, mientras que en Pradoluengo se cobraban quince, por lo que estaba recargada la mano de obra de Pradoluengo en un 50% con respecto a Ezcaray y otras industrias de los pueblos riojanos de Cameros. Todo ello perjudicaba, según los fabricantes, la competitividad de las manufacturas pradoluenguinas. Los empresarios siguieron alegando los perjuicios que tuvieron cuando se suprimió el sistema a destajo y que la pretendida huelga debía anularse. En caso contrario, se verían en la obligación de cerrar sus fábricas. El corresponsal de *El Castellano*, llamó a la «serenidad» ya que afortunadamente —y siempre según su opinión—, la industria pradoluenguina no sufría una crisis de trabajo como la existente en otros lugares. Además aseguraba que, a pesar de que sus simpatías siempre habían estado y estaban del lado de los obreros, «en los actuales momentos hemos podido observar que la huelga anunciada carecía de ambiente entre muchos de los obreros del ramo y similares¹³⁶».

En febrero de 1932 el Centro Obrero de Ezcaray amenazó con una huelga general con el fin de que no se contratase personal forastero¹³⁷. La misma coyuntura negativa de falta de trabajo e idéntica solución impidiendo el destajo a obreros forasteros, se planteó en Pradoluengo por estas fechas¹³⁸. En noviembre de ese mismo año se da cuenta en el Ayuntamiento de un escrito del Presidente de la Agrupación Benéfico-Socialista pradoluenguina, denunciando el incumplimiento de la jornada legal¹³⁹. Al año siguiente se acordó por el Ayuntamiento fijar el jornal

¹³⁵ AMP: *El Castellano* (13-VI-1931) y (18-VII-1931).

¹³⁶ AMP: *El Castellano* (30-XII-1931).

¹³⁷ GIL ANDRÉS, Carlos: *Echase a la... op. cit.*, p. 201.

¹³⁸ La conciencia de clase era barrida a menudo por el simple instinto de supervivencia.

¹³⁹ AMP: *Libro de actas y sesiones (1932-1933)*. Sign. 206, fol. 6. 3-XI-1932. A pesar de la llegada de la República, las dificultades con las que se encontraron los obreros para mejorar sus retribuciones, jornadas laborales, etc., no acabaron inmediatamente, incluso la coyuntura económica negativa las empeoró en ocasiones. La República no acabó ni mucho menos con las diferencias de la estructura social bipolarizada

mínimo en la cantidad de cuatro pesetas¹⁴⁰. No obstante, la falta de ocupación obligó a los obreros a acudir a trabajos en obras públicas como la del trazado de la carretera Haro-Pradoluengo, en cuyo desarrollo también surgieron protestas por el impago de jornales y el despido injustificado de trabajadores¹⁴¹.

El triunfo del Frente Popular en 1936, supuso un reverdecimiento de las movilizaciones y actos reivindicativos. Se produjeron manifestaciones por toda España en favor de la liberación de los presos encarcelados por los movimientos revolucionarios de diciembre de 1933 y octubre de 1934. En Pradoluengo no tenemos documentadas movilizaciones, aunque a buen seguro las hubo. En Ezcaray, la celebración del Primero de Mayo del 36 fue reivindicativa, hubo convocatoria de huelgas en mayo, y otras manifestaciones, cortadas de raíz a partir del 19 de julio¹⁴².

Sindicatos y sindicatos: incienso contra aires nuevos

Los obreros pradoluengunos fueron controlados por el poder patronal¹⁴³ y eclesiástico a través de resortes como el sindicalismo católico, mientras que otras variantes reivindicativas tuvieron más dificultades para su asentamiento¹⁴⁴. En junio de 1870, al celebrarse en Barcelona el primer congreso obrero español adherido a la Primera Internacional, que fundó la Federación Regional Española, asistieron un francés, setenta y cuatro catalanes y, dentro de los catorce restantes, dos castellanos, el uno de Valladolid y el otro de Ezcaray¹⁴⁵. Esta representación ezcarayense en la AIT, corresponde a una Sociedad Cooperativa Obrera, cuya actividad no es conocida, pero que con seguridad sería textil¹⁴⁶.

El derecho de asociación era interpretado por parte de las clases dirigentes como algo revolucionario que se oponía radicalmente al orden existente. Dentro del asociacionismo, el mutualismo era el estadio intermedio entre la beneficencia y la previsión organizada en el siglo xx al amparo de los seguros sociales. Su fórmula estaba basada en la ayuda mutua y en el ahorro de iniciativa privada, lo que

de este enclave industrial.

¹⁴⁰ AMP: *Libro de actas y sesiones (1932-1933)*. Sign. 206, fol. 46. 13-II-1933.

¹⁴¹ GIL ANDRÉS, Carlos: *Echase a la... op. cit.*, p. 212.

¹⁴² *Ibidem*, pp. 249, 253 y 258.

¹⁴³ En el mismo sentido, SMITH, Angel: «Industria, oficio y...», *op. cit.*, p. 92; ENRECH MOLINA, Carlos: «Jerarquía fabril y...», *op. cit.*, p. 116.

¹⁴⁴ El tamaño de este artículo me ha llevado a resumir en exceso el desenvolvimiento y las características del asociacionismo obrero en Pradoluengo.

¹⁴⁵ SOTO CARMONA, Álvaro: *El trabajo industrial... op. cit.*, p. 297. Ezcaray no sólo estaba cercana a Pradoluengo físicamente sino que toda su historia económica y social fue concomitante durante toda la época contemporánea.

¹⁴⁶ GIL ANDRÉS, Carlos: *Echase a la... op. cit.*, p. 52. También parece haber asociaciones organizadas de tipógrafos que abrazan las nuevas ideas en Logroño y Haro, este último núcleo cercano e influyente para Pradoluengo, por lo que tuvo que haber un conocimiento temprano de las nuevas ideas.

era muy del gusto de la burguesía¹⁴⁷. La primera sociedad de socorros mutuos de Pradoluengo se estableció en 1848, nueve años después de la legalización de este tipo de asociaciones¹⁴⁸. Casi cincuenta años después de la desaparición de esta primera sociedad, la situación no había variado substancialmente, al menos en la forma. En la descripción que realizan sobre Pradoluengo en 1905 los médicos higienistas, especifican lo siguiente:

Algunos obreros tienen Sociedades de socorros mutuos para casos de enfermedad: ingresan pagando una cuota mensual y perciben una peseta diaria cuando alguna dolencia les impide trabajar. Lástima no ingresen todos los obreros, pues así evitarían pedir una limosna cuando alguna dolencia les retiene en cama¹⁴⁹.

Cuadro 4: Asociacionismo obrero. Pradoluengo (1905).

Tipo de asociación	Nº de obreros
Círculo Católico de Obreros de Pradoluengo	103
Sociedades de socorros mutuos	50
Sin afiliación	300
Total	453

Fuente: MARTÍN GARCÍA, Juan José: *La Rioja Burgalesa... op. cit.*, p.169. La cifra de 103 es la única fija, mientras que las otras son aproximaciones.

En la contabilización no se tiene en cuenta el importante número de obreras, porque no forman parte de las asociaciones¹⁵⁰. Al igual que en la capital de la provincia, el Círculo Católico de Obreros de Pradoluengo nació por la interacción de dos elementos. El primero, el desarrollo de la nueva doctrina social de la Iglesia, sobre todo tras la Encíclica *Rerum Novarum* de León XIII. El segundo, el encauzamiento de las limosnas de los vecinos pudientes hacia una institución que englobase a los obreros y los mantuviese alejados de otros tipos de asociacionismo de carácter reivindicativo.

¹⁴⁷ MAZA ZORRILLA, Elena: «El mutualismo y su polivalente papel en la España del siglo XIX (1839-1887)», *Revista Investigaciones Históricas*, 11 (1991), p. 177; CASTILLO, Santiago (ed.): *Solidaridad desde abajo. Trabajadores y socorros mutuos en la España contemporánea*, Madrid, CEH, 1994.

¹⁴⁸ R.O. del 28 de Febrero de 1839. Pueden constituirse libremente las corporaciones cuyo fin sea auxiliarse mutuamente en sus desgracias y enfermedades, o reunir en común el producto de sus economías con el fin de subvenir a sus necesidades futuras. Otras asociaciones de tipo reivindicativo son atacadas desde el Estado. Algunos defensores de su persecución, animan a los obreros a aplicarse en el trabajo y a tratar a sus amos con veneración y cariño, aunque se permiten también aconsejar a los segundos para que les otorguen un salario proporcional a sus necesidades, con lo que los obreros serían como sus hijos, MONLAU, Pere Felip y SALARICH, Joaquim: *Condiciones de vida... op. cit.*, p. 272.

¹⁴⁹ MARTÍN GARCÍA, Juan José: *La Rioja Burgalesa... op. cit.*, p. 169.

¹⁵⁰ SMITH, Angel: «Industria, oficio y...», *op. cit.*, p. 81. Los sindicatos son creados por hombres ya que protegen sobre todo sus intereses.

La acción «sindical» del Círculo se limitó a procurar la armonía entre patronos y obreros, y a defender mediante la religión los derechos de estos últimos, sin plantearse ningún cambio social. La Iglesia tiene una clara influencia ideológica sobre las clases más humildes de la sociedad pradoluengüina, burgalesa y castellana, y ello se reflejará en unas reivindicaciones escasas, y un «apoliticismo» que de facto se traduce en declaraciones expresas de apoyo a los partidos conservadores¹⁵¹. Para la consecución de los fines del Círculo se establecieron clases teóricas y prácticas para los socios, una sala de lectura con libros, folletos, publicaciones científicas, artísticas, literarias y obras instructivas «pero sin carácter político y sin atacar a la moral ni a la religión». También se estableció un fondo para socorros a socios enfermos, una caja de ahorros y un salón de recreo donde los socios pudiesen entretenerse «honestamente»¹⁵². Una fiesta muy concurrida por los socios del Círculo es la de San Antonio de Padua, al ser su patrón. En la ermita que con esta advocación existía en las posesiones del fabricante Isidoro Martínez, todos los 13 de junio se celebraba una concurrida romería. Es interesante la descripción que hace el corresponsal del *Diario de Burgos* sobre la misma. Después de la misa, rosario, merienda, juegos y piezas musicales de la banda, se juntan obreros y patronos:

En un extenso y pintoresco campo se veía un número de personas, en el que se confundían la elegante señora con la modesta artesana, el dueño de la fábrica con el humilde bracero, todos alegres, todos contentos, disfrutando de unos hermosos días¹⁵³.

A tenor de lo descrito, no es extraña la definición de la clase obrera por parte de los médicos higienistas en 1905:

El obrero de esta Villa es sufrido, no está aún infeccionado por las doctrinas de los grandes centros fabriles: es feliz no faltándole trabajo y se resigna cuando escasea, conformándose en las épocas de crisis industrial con el poco trabajo o jornal que le dan¹⁵⁴.

¹⁵¹ DELGADO VIÑAS, Carmen: *Clase obrera, burguesía... op. cit.*, pp. 252-263.

¹⁵² *Reglamento del Círculo Católico de Obreros de la Villa de Pradoluengo, 1894*. Los socorros se podrían cobrar durante 30 días seguidos como máximo y no sería percibida por los considerados holgazanes o enfermos crónicos, «el holgazán por vicioso; y el crónico, porque no podría el Círculo soportar una sangría tan continua que concluye con la muerte del enfermo de siempre, dando limosna uno y otro y otro día al pobre que tiene este padecimiento».

¹⁵³ AMP: *Diario de Burgos* (sábado, 16-VI-1894).

¹⁵⁴ MARTÍN GARCÍA, Juan José: *La Rioja Burgalesa... op. cit.*, p. 169. El párrafo finaliza diciendo: «y a ello contribuye mucho la consideración de que el patrono siente tanto como él la falta de trabajo; siendo esto tan cierto que precisamente en los momentos actuales hay un fabricante que tiene en movimiento sus telares sencillamente por sostener a sus obreros, sin que esto le reporte utilidad alguna, porque tiene los desvanes llenos de género para el cual no sabe si encontrará salida ni si le reportará ganancias o pérdidas».

El Círculo Católico fue la asociación obrera con mayor número de afiliados de Pradoluengo. En 1905 contaba con 103 inscritos. Su primacía será total durante toda la época de la Restauración y hasta finales de los años 20.

Con la llegada de la República tendrán un serio competidor en la Unión General de Trabajadores¹⁵⁵. Con anterioridad, ya aparecen algunos grupos que no comulgan con el Círculo, lo que interpretaron así los médicos higienistas:

Las ideas socialistas, aunque de un modo inconsciente e insensible y a su manera, van haciéndose lugar: en determinados casos y abusos pudieran, hasta cierto punto, estar justificadas; pero no las imposiciones desmedidas y mermas del trabajo convenido que en muchas ocupaciones se emplean¹⁵⁶.

Como asociación afín a estas ideas, en septiembre de 1930 y previa autorización del gobernador provincial, se constituyó la Sociedad Benéfica de Socorros Mutuos del Partido Republicano¹⁵⁷. Con el advenimiento de la República¹⁵⁸ se producirá un despegue de la actividad política de signo socialista, claramente enfrentada con el sindicalismo católico¹⁵⁹, que intentará suplir las carencias económicas y culturales de la clase obrera¹⁶⁰. Durante estos años la UGT superó la cifra de 200 afiliados, presentando a través de los concejales socialistas diversas mociones para mitigar el paro, la mejora de sueldos, la disminución de las abusivas jornadas laborales de las fábricas o la celebración de fechas significativas como el 1º de Mayo o el 14 de Abril. También hubo otras agrupaciones en torno a la CNT y el partido comunista. Una entrevista oral nos pone de manifiesto el enfrentamiento larvado

¹⁵⁵ REDERO SAN ROMÁN, Manuel: «La UGT en el primer bienio republicano, 1931-1933», *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 10 (1990), pp. 91-122; REDERO SAN ROMÁN, Manuel: (coord.): *La Unión General de Trabajadores en Castilla y León (1888-1998): historia de un compromiso social*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2004.

¹⁵⁶ MARTÍN GARCÍA, Juan José: *La Rioja Burgalesa... op. cit.*, p. 114.

¹⁵⁷ AMP: *Diario de Burgos* (26-IX-1930). El Presidente honorario es Pedro de Miguel Sáez, el efectivo Pedro Pérez, el Vicepresidente Abdón de Miguel y los vocales Eulogio Bartolomé, Marcelino Hernando, Victoriano de Pablo, y Francisco Hernando. Funcionan como tesorero Felipe Pérez, como secretario Antonio Martínez y vicesecretario Melchor Mata. Muchos de ellos serán distinguidos dirigentes republicanos y de partidos obreros en Pradoluengo tras el advenimiento de la Segunda República y también muchos de ellos serán represaliados tras el 18 de julio del 36.

¹⁵⁸ AMP: *Diario de Burgos* (19-IV-1931): «El día 15 a las cinco de la tarde, el Comité republicano, seguido de sus numerosos correligionarios acompañados de la Banda municipal, recorrieron las calles de la villa, llegando entre vítores y aclamaciones a la Casa Consistorial donde subieron y llenos de entusiasmo y con incansables vivas a la República, izaron la bandera tricolor».

¹⁵⁹ BLASCO HERRANZ, Inmaculada: «Tenemos las armas de nuestra fe y de nuestro amor y patriotismo; pero nos falta algo: La Acción Católica de la Mujer y la participación política en la España del primer tercio del siglo XX», *Historia Social*, 44 (2002), pp. 3-20. Un enfrentamiento conocido a nivel nacional fue el del Ayuntamiento republicano pradoluenguino con las Hijas de Marfa de la localidad, a consecuencia de la retirada de una placa con la imagen de la Inmaculada situada en la fachada de la casa consistorial.

¹⁶⁰ ARIAS GONZÁLEZ, Luis: «El cooperativismo socialista en España (1872-1939)», *Alcores*, 4 (2007), pp. 189-207.

entre los fabricantes y los obreros que se concretó en hechos violentos en los días previos al 18 de julio del 36:

Pusimos un baile un día aquí en el café de Tomás. Éramos de derechas. Los mayores arriba jugando, los jóvenes abajo en el baile. Yo me vine a casa a cenar. Pero supe que tuvieron que subir la Guardia Civil porque los otros le iban a quemar. Con los fusiles así (señalando que los guardias tuvieron que proteger la salida de los asistentes al baile) tuvo que salir la gente. Los guardias se fueron al cuartel... ¡¡¡y les seguían las gentes por detrás!!!, y (los guardias) les hicieron (echarse) cuerpo a tierra. Era gente de puño cerrado¹⁶¹.

Conclusiones

La industrialización llevada a cabo desde el primer tercio del siglo XIX en el enclave textil de Pradoluengo, provocó que los pequeños fabricantes modernos que no se adaptaron a los nuevos tiempos o no dispusieron de capitales suficientes, cayesen progresivamente en un proceso de proletarización. Las diferencias de la estructura socioeconómica pradoluenguina aumentaron escalonadamente a lo largo de la etapa decimonónica y hasta el último tercio del siglo XX, manifestándose en una bipolarización social que ordenó de manera estricta no sólo los comportamientos económicos y sociales, sino incluso los mentales, de forma que cada componente de esta sociedad conocía muy bien el lugar que ocupaba. Escasas posibilidades de cambio y problemas añadidos si las actitudes eran reivindicativas, máxime en una localidad en la que todo el mundo se conocía, calaron en la caracterización sociológica morigerada de los obreros. Trabajo a destajo, salarios que sólo permitían sobrevivir, paro, precios abusivos de vivienda y alimentos, deficiente vestido, conformaban un conglomerado opresivo que se retroalimentaba y que logró petrificar este estado de cosas. A pesar de ello, los obreros no mostrarán rechazo ni se levantarán frente a fabricantes ni autoridades sino en contadas ocasiones. Su reducida conciencia de clase y el control atemperador ejercido por los sindicatos católicos, fueron elementos añadidos que caracterizaron una sociedad inmovilista. Higiene mínima, falta de seguridad en obradores e hilaturas, enfermedades abundantes, caracterizan la vida del obrero y crean ámbitos diferenciados, distintos universos para estos por un lado y para los fabricantes y la pequeña burguesía local por otro, que viven en edificios acomodados y se codean con familias de su misma clase en Ezcaray, en Burgos o en Madrid. Tan sólo la llegada de la Segunda República parece operar entre los obreros un tímido empuje hacia la organización de sindicatos de clase que, sin embargo, tienen un corto recorrido. Los años de la postguerra cubrirán con un manto gris ideas, comportamientos y situaciones económicas deplorables, cuya única válvula de escape fue la emigración y cuyos coletazos diferenciadores han estado vigentes hasta los años ochenta del siglo XX.

¹⁶¹ Entrevistas orales: «Agustín Mingo Villanueva».